

**La memoria en el libro décimo de Las Confesiones de San Agustín, en perspectiva
fenomenológica**

Fray Martín Emilio González González, oar

Universitaria Agustiniana
Facultad de Filosofía
Programa de Licenciatura en Filosofía
Bogotá D.C.
2024

**La memoria en el libro décimo de Las Confesiones de San Agustín, en perspectiva
fenomenológica**

Fray Martin Emilio González González, oar

Director:

Padre Antonio Abecia

Trabajo de grado para optar el título de Licenciado en Filosofía

Universitaria Agustiniana
Facultad de Filosofía
Programa de Licenciatura en Filosofía
Bogotá D.C.
2024

Agradecimientos

A Dios primero y a todas las personas que de una u otra manera apoyaron y participaron en este proyecto y a toda la familia agustiniana.

Resumen

El objetivo central del presente documento es relacionar el proceso de la memoria, utilizando parte del material almacenado en ella y ejercitando pertinentemente los procesos mentales y la apuesta que San Agustín hace por la felicidad en su libro de las Confesiones. El proceso que desarrolla el pensamiento humano, después de recibir la información captada, gracias a las estimulaciones de los sentidos; la forma como dicha información se imprime en la memoria y los posteriores acontecimientos por medio de los cuales algunos datos son eliminados total y parcialmente, mientras que otros son traídos de nuevo a colación en la mente humana para generar nuevos recuerdos o ayudar en el desarrollo de diversas tareas. La metodología utilizada para el presente estudio es la perspectiva fenomenológica que propone y desarrolla el mismo San Agustín y que permite a todos los sujetos ser su propio objeto de estudio para hacer ciencia. En el caso que ocupa esta monografía ratifica la teoría que San Agustín presenta en el libro décimo de las Confesiones sobre la manera como los humanos al "*fenomelizar*" la memoria pueden percibir el deseo innato de ser felices, y que trasciende a un Ser Superior a quien la mayoría llama Dios.

Palabras clave: Memoria, perspectiva fenomenológica, felicidad, recuerdo, olvido, trascendencia.

Abstract

The central objective of this document is to relate the memory process, using part of the material stored in it and pertinently exercising the mental processes and the commitment that Saint Augustine makes for happiness in his book of Confessions. The process that develops human thought, after receiving the information captured, thanks to the stimulations of the senses; the way in which said information is imprinted in memory and the subsequent events through which some data are totally or partially eliminated, while others are brought up again in the human mind to generate new memories or help in the development of various tasks. The methodology used for this study is the phenomenological perspective that Saint Augustine himself proposes and develops and that allows all subjects to be their own object of study to do science. In the case that occupies this monograph, it ratifies the theory that Saint Augustine presents in the tenth book of the Confessions about the way in which humans, by "phenomelizing" memory, can perceive the innate desire to be happy, and that it transcends a Being Superior to who most call God.

Keywords: Memory, phenomenological perspective, happiness, memory, forgetting, transcendence.

Tabla de Contenido

Introducción.....	7
1. Los conocimientos y la memoria	10
1.1. Presencia de los conocimientos en la memoria.....	10
1.1.1. Adquisición de los conocimientos.	12
1.1.2. El aprendizaje de los conocimientos.....	15
2. El recuerdo	27
2.1. De los actos de la memoria	27
2.2. Recuerdo de las afecciones del alma	30
2.2.1. Impresiones de las afecciones del alma.	32
2.3. Recuerdo y olvido	34
2.3.1. Lo perdido.....	37
2.4. Reminiscencia.....	39
3. Memoria y felicidad	43
3.1. Impresión de la felicidad en la memoria.....	44
3.2. No todo goce hace feliz al ser humano	46
3.3. La vida feliz y la verdad.....	47
4. Presencia de Dios en la memoria	49
4.1. Lugar que ocupa Dios en la memoria humana.....	50
4.2. Dios más allá de la memoria.....	52
Conclusiones.....	55
Referencias	57

Introducción

Este trabajo monográfico tiene como estructura básica la perspectiva fenomenológica o sea el análisis del fenómeno en el mismo sujeto. Se basa en la reflexión fenomenológica que San Agustín en el libro décimo de sus Confesiones, corroborado con algunos textos de la psicología que, valga la pena mencionarlo, difieren muy poco de lo descubierto por el doctor de la iglesia. También es de anotar que un estudio de la memoria supone dos perspectivas suficientemente diferenciadas como para tratarlas por aparte: el análisis fenomenológico correspondiente a la filosofía y el estudio fisiológico que pertenece al campo de la anatomía. El presente trabajo hace opción al campo filosófico de manera preferencial, aunque sin desconocer el aspecto anatómico. Trabajar las dos áreas daría como resultado grandes conocimientos, sobre la memoria, pero requeriría de múltiples experimentos y extensas investigaciones de alto costo, y no es la intención del presente trabajo. Antes bien se trata es de poner a prueba la mente humana para comprobar en que forma la estimulación de la mención de un tema determinado le permite discurrir de forma acertada sobre el fenómeno que se desarrolla en su interior de ahí la pretensión fenomenológica del presente opúsculo.

La obra lleva un carácter ascendente, se trata de un método inductivo que parte de lo conocido y empírico para remontarse a lo desconocido y abstracto. Por eso los últimos capítulos entran en el campo de lo suprasensible donde los elementos de trabajo son las ideas que basadas en las imágenes alcanzan niveles superiores a estas; con el objeto de encontrar el fin último capaz de responder los interrogantes humanos. En este itinerario la mente se encuentra con un ser supremo principio y fin de todas las cosas y al que por lo general llama Dios.

El presente trabajo alcanza los ámbitos de la rama de la filosofía denominada teodicea al manifestar como el ser humano al racionalizar acerca de sus orígenes y su trascendencia se remonta a las cualidades de un ser Superior, cuyos atributos están en relación íntima y continua no solo con la humanidad y el mundo sino con todo lo existente, lo que se denomina universo o en perspectiva creyente: la creación entera. No se trata de situaciones teológicas, se trata de ascender hasta las fronteras de la filosofía para entregar la tarea a otras disciplinas cuyo objeto de estudio se asimilen a los alcances de la racionalidad humana.

El libro décimo de las Confesiones de San Agustín hace parte de los trece libros que componen esta obra del hombre que fue calificado por la historia como el gran buscador de la verdad y que a pesar de llamársele el más pecador de los santos, también se le denominó como el más santo de los pecadores. Estos apelativos se manifiestan de manera clara en su autobiografía que decidió denominar como confesiones y aseguró escribirla para que muchas gentes encontraran un camino hacia la verdad y por tanto hacia la realización personal y comunitaria.

Las Confesiones son una constatación de las vivencias de un ser humano común y corriente, pero con un gran deseo de alcanzar objetivos trascendentales como la verdad misma. La escribió diez años después de su conversión que tuvo lugar el 24 de abril de 387 y le tomó cuatro años terminar el escrito (397-401). El libro décimo está precisamente después de la narración de su conversión y prepara el terreno de manera filosófica para ascender a otros grados del pensamiento humano que describe en los últimos tres libros de la obra.

El libro décimo de las Confesiones de San Agustín consta de cuarenta y un capítulos heterogéneos por su extensión. Los siete primeros los dedica a describir su relación confesional con Dios, lo cual lo lleva en el capítulo ocho adentrarse en los anchurosos palacios de la memoria, hasta el capítulo diecisiete en que se proyecta hacia Dios. Tema que retoma desde el capítulo veinte hasta el veintitrés para combinar el asunto de la felicidad y la influencia de Dios en la realización humana. Del capítulo veinticuatro al capítulo veintinueve narra su encuentro con Dios y a partir del capítulo treinta hasta el treinta y nueve estudia las eventualidades de los sentidos en relación con la memoria. Finalmente en los dos últimos capítulos aclara el papel de la memoria en la trascendencia humana hacia Dios, superando las falacias engañosas (capítulo cuarenta y dos).

El método fenomenológico, consiste en leer en el sujeto las impresiones que causa el fenómeno, es decir, cada acontecimiento como tal, y esa es una actividad de todos los seres humanos, pero llevado al plano científico es un método filosófico, que a lo largo de la historia se ha utilizado desde las más diversas perspectivas tanto filosóficas como científicas. El motivo por el cual dicha metodología se escogió para el presente trabajo es porque ofrece elementos y herramientas adecuados para comprender mejor lo que acontece en la mente humana, cuando se estudia en el mismo sujeto. Además, San Agustín también la utilizó en el desarrollo del libro décimo de Las Confesiones y resulta conveniente utilizar su propia perspectiva metodológica, para obtener un mejor entendimiento de sus escritos.

Nahum Montagud Rubio (<https://psicologiaymente.com/cultura/fenomenologia>) (página web actualizada el 21 de diciembre de 2023) hace una recopilación de los aspectos filosóficos de la fenomenología y la destaca como una compleja corriente filosófica dedicada especialmente al estudio de las manifestaciones, cuya pretensión es investigar y describir los fenómenos u objetos de acuerdo a la experiencia de cada persona. Este autor también menciona que Johann Heirich Lambert (1728-1777) fue quien utilizó el término fenomenología por primera vez como método para distinguir entre la verdad, el error y la ilusión. Después George Friedrich Hegel en 1807, se sirvió de la fenomenología para explicar el desarrollo de la mente humana.

Otros autores que vale la pena destacar en las artes de la fenomenología son: Franz Brentano (1838-1917), considerado el origen de la fenomenología moderna; David Hume (1711-1776), partidario del enfoque fenomenológico; Immanuel Kant (1724-1804), distingue a los objetos entendidos como fenómenos asimilados por la sensibilidad humana; Martín Heidegger (1889-1976), aplicó el existencialismo y la hermenéutica a la fenomenología para comprender los fenómenos atraídos a la conciencia del ser humano; Maurice Merleau-Ponty (1908-1961), desde la fenomenología propone la teoría corporal de la percepción como una función propia del cuerpo. San Agustín es, con mucho, anterior a todos estos logros científicos de la fenomenología, pero coincide en muchos aspectos, razón por la cual el presente trabajo no se fundamentó en ningún de estos autores modernos en específico, sino en el propio autor de *Las Confesiones* y su fenomenología característica.

1. Los conocimientos y la memoria

Grande es el misterio del ser humano y alta la perfección que le constituye, que le ha servido para someter la tierra e indagar sus enigmas y comprender su entorno. Todas estas cosas están presentes en su ser, de lo contrario no actuaría ni se perfeccionaría como lo hace hasta el siglo presente. Entre las maravillas enumeradas se encuentra la memoria, receptáculo en el que guarda los elementos necesarios para asimilar su existencia.

La inteligencia humana tiene la capacidad de agrupar conocimientos, principios científicos y muchos otros datos de su entorno y de su historia, que guarda en la memoria, de donde puede sacar cuando desee y en el orden que convenga, e incluso puede utilizar dichos contenidos para elaborar nuevos contenidos y dejarlos allí mismo. En el presente trabajo se pretende dar una ojeada en ese recinto y analizar parte de su contenido.

1.1. Presencia de los conocimientos en la memoria

Una de las mejores formas de comprobar si una cosa está en determinado lugar, es yendo a dicho lugar y cerciorarse. Así pues si se toma la memoria como un lugar (aunque realmente no lo es) y la ciencia como un conjunto de objetos (conocimientos) (Tamayo, Mario 2006), entonces se puede ir a la memoria, a buscar ciencia. Al entrar en ella, en primera instancia aparecen lo que comúnmente se denominan recuerdos y al analizarlos se descubre que están compuestos de imágenes de todo aquello que experimentó el individuo a lo largo de sus días, que abarca todas las áreas conocidas por el ser humano, destacándose las vivencias familiares, sociales y las creencias de tipo religioso o trascendental, así como los conocimientos adquiridos en la educación y las representaciones de sus más profundos anhelos y aspiraciones.

Esta información, captada por los sentidos, se va acumulando de una manera similar a como lo hacen los medios magnéticos actuales; así es como se conservan imágenes de colores, sabores, olores, sonidos, cualidades y demás sensaciones propias de la fisonomía humana. San Agustín expresa el contenido de la memoria de la siguiente manera:

(En la memoria) se hallan tesoros de innumerables imágenes de toda clase de objetos que entraron por los sentidos. Allí está guardado también todo lo que pensamos, ya añadiendo, ya quitando, o de cualquier modo variando las cosas que el sentido percibió y cualquier otra cosa que haya sido allí depositada y guardada, y que aún no esté absorbida y sepultada en el olvido. (San Agustín, 398, p. 173).

Lo anterior constituye un examen general del contenido de la memoria, pero al especificar un poco más y centrarse en los datos académicos, es fácil apreciar como también en la memoria residen fórmulas de física o química, las opiniones de grandes autores, etc., y todo esto, de forma única e irrepetible en la memoria de cada individuo, porque a pesar de ser los mismos objetos, el proceso circunstancial de captación y almacenamiento varía de una persona a otra.

Ahora bien, cada objeto presente en el campo de los recuerdos posee una esencia, aquello que hace que la cosa sea lo que es y no otra. Si se quiere hacer una clasificación grosso modo, la memoria tiene almacenadas imágenes y esencias de lo aprehendido por el ser humano, incluso si se trata de experiencias de tipo afectivo, de experiencias vividas o de planes proyectados para un futuro inmediato o remoto.

Lo anterior lo plantea San Agustín (398) así: “Allí (en la memoria) están todos los contenidos que de las artes tengo aprendidos, y aún olvidados... de lo que llevo no las imágenes, sino las mismas cosas” (p. 175). Todos los conocimientos que tiene una persona residen en su memoria, pero ¿Cómo están allí depositados? La imaginación podría elaborar los más diversos esquemas, por ejemplo, una disposición a manera de biblioteca perfectamente funcional, o como lo afirma el obispo de Hipona: “Se guardan en unas a manera de celdas maravillosas, y se presentan maravillosamente al recordarlas”. (San Agustín, 398, p. 175).

Sin embargo, esto no son más que unas buenas similitudes pero ¿quién conocerá el verdadero orden allí dispuesto? A este respecto podría escogerse sobre dos opciones: Primera, decir, con el santo de Tagaste: “Ni yo mismo comprendo lo que soy, luego el alma es angosta para abarcarse a sí misma” (San Agustín, 398, p. 175). Segunda, buscar dentro de la memoria un mecanismo más acertado; hoy se tienen grandes elementos para ello, se podría, por ejemplo, parangonar la mente a los mecanismos computacionales de almacenamiento de información, en los que basta poseer la conexión adecuada y los códigos correspondiente para hacer fluir millones de datos en la dirección que se desee.

Los códigos de acceso a la mente humana vienen marcados por los elementos circunstanciales de acuerdo a la necesidad o el ambiente al que se enfrente cada persona. Si, por ejemplo, está en la tienda y va a pagar algo, acude a sus conocimientos matemáticos, si por el contrario intenta narrar su vida sentimental o registra sus experiencias en su diario, entonces priman los recuerdos emocionales y así sucesivamente.

El orden y disposición de almacenamiento y entrega de la información en la mente humana resultan asombrosos. San Agustín (398) afirma que

Las cosas que fácilmente y en forma ininterrumpida se presentan como se desea; y las que van delante ceden a la vez a las que siguen, y al ceder, se esconden, para reaparecer nuevamente cuando quiera; todo esto acaece cuando cuento alguna cosa de memoria. (p. 173).

Otras veces, en una forma un poco más independiente, pero formando un conjunto, por ejemplo, cuando se piensa en algo que sucedió en un día determinado y junto a este suceso se puede, con facilidad, recordar también lo acaecido antes y después de dicho acontecimiento.

El aprendizaje de las ciencias, sucede algo similar, así junto a una definición se puede evocar lo que dicha ciencia trata. Curiosamente el detonador de la actividad mental que activa la memoria, actúa a la manera de eco, prueba de ello es que a las personas cuando les cuesta recordar algo se valen de la repetición de una frase o una palabra en un tono suficiente para crear eco dentro de sí. Todo esto permite concluir que la memoria es un mecanismo poseedor de una gran organización, sea cual fuere la imagen con la que se intente comprender y la autorreflexión siempre permitirá hacer nuevos descubrimientos al respecto.

1.1.1. Adquisición de los conocimientos.

En el numeral anterior se brindaba algunas generalidades de los conocimientos que residen en la memoria, esto ahora da lugar a una nueva inquietud ¿En qué forma llegaron esos conocimientos a la memoria? Para responder conviene acudir a un análisis del verbo “conocer” cuya ciencia filosófica que lo estudia recibe el nombre de “teoría del conocimiento” y brinda datos fundamentales para acercarse a la comprensión del tema que se estudia.

La teoría del conocimiento enseña que la adquisición de los conceptos parte de la realidad del entorno y llegan al interior del individuo a través de los sentidos. Una situación posible se da cuando alguien en la infancia encuentra un objeto peculiar que le resulta atractivo por su forma, color, contextura y dureza, que por la práctica lo descubre apropiado para golpear. A partir de esa experiencia y sea por casualidad o por interrogación directa llega a enterarse que dicho objeto recibe el nombre de piedra.

Las personas pocas veces tienen presente el momento exacto del registro de la información de que una piedra es una piedra y no otra cosa, pero poseen la plena certeza de que eso es así y lo

utiliza en la elemental comunicación y laboriosidad si este material hace parte de su entorno o de su trabajo u ocupación. Entonces los pasos a seguir en la adquisición del conocimiento son, primero la acción del medio en los sentidos humanos; segundo, la experimentación o actuación de los sentidos sobre el objeto; tercero, la elaboración de una imagen que sintetiza todo lo experimentado con dicho objeto, y cuarto el registro del concepto en asociación con el objeto referido.

El ser humano como el animal, o si se quiere el ser humano con su caracterización animal que posee, tiene la capacidad de adquirir información y almacenarla. La diferencia o ventaja radica en que los humanos pueden formar ideas a partir de los conceptos aprendidos. Estas impresiones se dan gracias al entendimiento que puede ser agente o paciente, según busque el aprendizaje o le llegue a partir de las experiencias cotidianas. Este es solo el punto de partida de un vasto y complejo universo que contiene el desarrollo del conocimiento humano.

Santo Tomás (s.f.) en la Suma Teológica afirma:

Lo que pertenece a la esencia específica de cualquier objeto material, una piedra, un hombre o un caballo, puede ser considerado sin sus principios individuales, que no entran en el concepto de esencia. En esto consiste precisamente abstraer lo universal de lo particular por la especie inteligible de las imágenes, esto es, considerar la naturaleza específica independiente de los principios individuales representados por las imágenes. (Parte I, cuestión 85).

Estas especies inteligibles o esencias, constituyen los llamados universales, que son los conceptos o ideas claves en el conocimiento; ejemplo de universal es la idea de piedra, que cada individuo concibe después de experimentar con ella, que es una idea única que se puede aplicar a una gran variedad de elementos. Con los universales se da origen a nuevos conceptos que cuanto más estén por encima de la experiencia sensible, se consideran más abstractos. Así es como se han concebido los tres grados de abstracción, de los cuales el primero denominado físico, se ocupa de lo sensible (conocimiento de una piedra), el segundo enmarcado por la abstracción matemática y la relación de los objetos (peso, medidas, dimensiones) y finalmente el grado más alto que es el metafísico, comprende las realidades inmateriales y espirituales del ser (la esencia de la piedra).

El proceso del conocimiento, en síntesis, consiste en que el objeto estimula los sentidos, los cuales proporcionan una imagen de donde el entendimiento abstrae una idea y a manera de codificación la guarda en la memoria, como instrumento útil para entender otras realidades (como cuando a un individuo le refieren un objeto extraño, comparándoselo con una piedra, para que se

haga una mejor idea del mismo), o para abstracciones más elevadas acerca de asuntos que se relacionen con el objeto identificado, por ejemplo las expresiones “duro como piedra” o “perenne como la hierba”

Aristóteles y Santo Tomás coinciden en afirmar que no hay nada en la mente que no haya pasado por los sentidos (Metafísica L. 1). Cuestión que parece diferir con lo que expone San Agustín (398) en sus Confesiones, al tratar el tema del conocimiento

Si la cosa existe qué es y cual es: Allí (en el espíritu) estaban pues, aun antes que yo las aprendiese... ¿y por qué cuando me las explicaban, las los reconocí y dije ‘así es, verdad es’, sino porque estaban ya en la memoria pero tan retiradas y como sepultadas en los sótanos más recónditos, que si nadie, con la palabra, hubiese sacado, tal vez no hubiera podido pensar en ellas? (p. 176).

La perspectiva agustiniana denota una gran influencia de la teoría platónica de reminiscencia, según la cual conocer es recordar, con la ayuda del estímulo que brindan las cosas a los sentidos; esto no tiene cabida en la actual concepción del conocimiento, dado que la experiencia misma, permite comprobar que el hombre nace con la mente como una hoja en blanco y con el transcurrir del tiempo y gracias a las experiencias de los sentidos, va adquiriendo los conocimientos; como lo expresan Stanger y Solley (2021) al comentar el enfoque de Piaget sobre el desarrollo cognitivo: “El niño aprende a pensar a media que crece; aprende a agrupar experiencias, a encontrar elementos comunes de objetos o acontecimientos, a unir imágenes y palabras para crear ideas totalmente nuevas no derivadas en forma directa de sus experiencias” (p. 27).

Las inquietudes planteadas al principio, quedan de alguna manera solventadas con la anterior exposición, acerca de la forma como el ser humano adquiere los conocimientos. Aristóteles y Santo Tomás de Aquino tuvieron un papel protagónico en la difusión de la comprensión del misterio del conocimiento, que creó grandes controversias a lo largo de la historia de la filosofía.

El ser humano no posee conocimientos innatos, sino que todo cuanto conoce es producto de la experiencia principalmente, y de la capacidad natural del entendimiento, con el cual, como se dijo antes, elabora conceptos e ideas a partir de la experiencia sensible. Con lo cual se puede afirmar que el hombre conoce gracias a su naturaleza.

1.1.2. El aprendizaje de los conocimientos.

El mundo del aprendizaje es complejo y una de las mejores formas de acercarse a él, es a través de los resultados que este produce. Tales resultados son conocimientos que se tienen y de los cuales se declaran que fueron aprendidos. Dentro de las primeras cosas que el individuo aprende está comunicarse y desplazarse, motivado por la necesidad misma de poder conseguir lo que necesita y lo que desea. Este aprendizaje no sería posible si el individuo no tuviera la capacidad de experimentar dichas circunstancias y grabarlas en su memoria (aprenderlas).

Los dos aspectos definidos hasta esta parte son que el individuo aprende porque tiene la capacidad para hacerlo y porque hay una necesidad que lo motiva a ello. Una tercera cuestión sería la forma como el individuo aprehende los conocimientos, consistente de manera primordial en la experiencia y ante todo en la grabación de dicha experiencia.

Todo conocimiento que se declare aprendido, es porque ha sido grabado en la memoria, donde llega como información directa de los sentidos o a través de ideas creadas por el intelecto. Y una de las formas más usuales para allí grabarlos (para aprehender), es la repetición del concepto a aprender. Así por ejemplo, cuando se desea aprender una poesía, se leerá una y otra vez hasta que queda grabada en la memoria, obteniéndose así una de las formas más comunes de aprendizaje, la memorización.

Otra de las formas de aprendizaje es la que hacía referencia en la primera parte, consistente en extraer la esencia de una idea o conocimiento y adaptarlo al intelecto de cada individuo en particular. Es así como para explicar en qué consiste la teoría de “la iluminación” en San Agustín, no hace falta repetir textualmente lo que el obispo dijo sobre la misma, sino que basta interpretar su contenido y darlo a conocer con las palabras propias de quien lo exponga. Si la persona que hace la exposición correctamente entonces se puede afirmar de ella con certeza que tiene aprendida dicha teoría.

El auditorio que recibe dicha explicación, también aprenderá en que consiste la teoría de la iluminación de San Agustín, de lo que se puede inferir que una de las formas de adquirir el aprendizaje es a través de la información que llega al individuo de maneras diversas, oralmente, por escrito, por audiovisuales, por experimentación, etc. Con lo anterior se pone de manifiesto que las dos formas de acceso que tiene el aprendizaje humano son la experiencia directa y cualquier

medio de comunicación y tiene como punto común la información que después de ser asimilada por el entendimiento, pasa a la memoria como aprendizaje.

La psicología actual maneja una opinión particular acerca del aprendizaje, cuyos estudios se caracterizan en su mayoría por señalar lo que no es aprendizaje, dado que un concepto preciso de aprendizaje es difícil de lograr. En ese proceso discriminativo de lo que no es aprendizaje, se acerca a aquello que se le asemeja, como lo son los cambios de conducta, ya que en forma general se coincide en afirmar que el aprendizaje incluye un cambio en la conducta humana.

La conducta de las personas cambia en forma casi constante y no siempre estos cambios obedecen a algún tipo de aprendizaje, a veces se trata de cuestiones innatas a la naturaleza del ser, como los instintos animales que el ámbito humano también se denomina como reflejos. De otro lado se encuentra la maduración (proceso de crecimiento y desarrollo físico), las drogas y las bebidas alcohólicas, los impedimentos físicos, la fatiga, la enfermedad. (Pulla, & Silva, 2016).

Los cambios de conducta pueden deberse al rendimiento, que aunque se asemeja al aprendizaje no es propiamente tal. Debe quedar claro ahora que un psicólogo tiene que distinguir entre rendimiento y aprendizaje. Rendimiento es lo que un sujeto hace a modo de conducta. El aprendizaje es un cambio en el rendimiento más o menos permanente. (De Torres, 2013). No se trata necesariamente de mejoras de rendimiento (como por ejemplo, en los casos de aprendizaje en los marcos de formación escolar). Más bien se aprende, entre otras cosas, también las omisiones de determinadas acciones (lo cual no se ha de equiparar en todos los casos con aumento de rendimiento) y su modificación en un sentido no deseable (por ejemplo, en el desarrollo de las llamadas malas costumbres).

Las definiciones de aprendizaje que se pueden inferir de lo anterior son: “un cambio potencial de conducta como resultado de vivenciar y responder a una situación de estímulo” (Díaz, 2019, p. 45) “Un cambio relativamente permanente en el comportamiento, que refleja una adquisición de conocimientos o habilidades a través de la experiencia, y que puede incluir el estudio, la instrucción, la observación o la práctica”. (Cedeño, & Bailón, 2021. pp 72-81).

Las definiciones citadas confirman en cierta manera lo expuesto en un comienzo, acerca del estímulo y la experiencia, y aportan un nuevo elemento clave en el concepto de aprendizaje, como lo es el cambio de conducta o comportamiento. Aunque de ninguna manera estos elementos agotan

la especificación de lo que el aprendizaje, si muestran una panorámica bastante clara de dicho concepto y contando con esto se puede ir en busca del modo como se aprende en realidad.

Las teorías del aprendizaje, que surge de las cuestiones discutidas en filosofía y en la ciencia empírica acerca de cómo el ser humano adquiere el aprendizaje, poseen cuestiones comunes: Una situación de estímulo, un motivo, una respuesta y, en ocasiones posteriores, un cambio en la respuesta. Del análisis de estas teorías se obtienen elementos nuevos y valiosos que ayudan a comprender mejor el proceso de aprendizaje, se les puede catalogar como clases o tipos de aprendizaje. Son partes que conforman un todo, es decir, que cada teoría del aprendizaje muestra una nueva faceta de como el hombre aprende.

La organización más conveniente para estas teorías se puede dar de acuerdo con sus elementos más destacados, para poder dar una interpretación global de todas ellas. Dentro de las más elementales se encuentra la teoría de la habituación; que es el fenómeno por el cual el individuo se acostumbra a algo y de esta manera muestra que lo conoce. El aprendizaje asociativo en su forma más elemental, consiste en asociar un estímulo y una respuesta, a este pertenece el condicionamiento clásico y el condicionamiento operante, que por mucho tiempo han centrado la atención de los psicólogos, al ser considerados como una de las mejores aproximaciones a la forma de aprender; pero su punto débil es estar centrados en experiencias hechas con animales, lo cual los pone en desventaja frente al aprendizaje en un ser más evolucionado como el hombre.

El condicionamiento clásico, formulado por Pavlov (2006), parte del hecho real de que ante un estímulo incondicionado se da una respuesta incondicionada (frente a un trozo de carne, un perro segrega saliva) y frente a un estímulo neutro no se obtiene respuesta (ante el sonido de una campana un perro no segrega saliva). Para conseguir que a partir de un estímulo condicionado (asociación del estímulo neutro al incondicionado) se obtenga una respuesta condicionada (responder al estímulo neutro como se responde al estímulo incondicionado). De esta forma un perro aprende a segregar saliva, estimulado por el sonido de una campana.

El condicionamiento operante, formulado por Skinner y Thorndike (2014), se refiere al comportamiento que el organismo realiza, porque se le ha enseñado que haciéndolo (operando sobre el ambiente) obtendrá una recompensa o evitará un castigo. Es así como una rata dentro de una caja, al activar una palanca recibe comida, y aprende que cada vez que active dicha palanca recibirá alimento. Este tipo de aprendizaje también es llamado condicionamiento instrumental

(Andreau, 2019) porque el organismo se vale de un instrumento para satisfacer una necesidad. De aquí se origina el aprendizaje de habilidades, al repetir determinada acción, el organismo se vuelve más competente, eficiente y diestro para realizarla. Ejemplo de ello es el aprendizaje de la conducción vehicular o el desarrollo de cualquier habilidad física.

Los aprendizajes que funcionan con la constante estímulo-respuesta poseen una modificación conocida con el nombre de refuerzo, que implica una serie de modificaciones en el estímulo, como la clasificación en primarios, secundarios, positivos y negativos, y la generalización de los mismos que modifican de cierta manera el aprendizaje pero no cambian la estructura. Dado que estos aprendizajes por asociación pueden llegar a extinguirse y que parecen no satisfacer todas las inquietudes planteadas acerca del aprendizaje, los psicólogos se han inclinado hacia el aprendizaje cognitivo, cuya estructura hay quienes la basan en la expectativa, que es la asociación que hace el individuo al experimentar varias veces una secuencia de hechos, ya sean varios estímulos o cadenas de estímulos-respuesta), así por ejemplo, los alumnos que permanecen en un salón de clase, están en la expectativa que llegue el profesor y no el jardinero, porque esto es lo que sucede con más frecuencia.

El aprendizaje cognitivo también se puede basar en la aplicación de principios fijos en el desarrollo de determinada actividad, por ejemplo, en la práctica de tiro al blanco dentro del agua, se debe tener en cuenta el principio físico de la refracción de la luz. Dentro del aprendizaje cognitivo está el aprendizaje latente, cuya particularidad es no ser manifestado sino hasta que el organismo es motivado a ello, con lo cual se puede considerar la sola satisfacción de aprender como un estímulo en la adquisición de un nuevo conocimiento. Un niño no a la escuela por un camino distinto al habitual a no ser que esté bloqueado, circunstancia que lo motiva a conocer un nuevo camino para ir a la escuela.

El aprendizaje cognitivo tiene otra faceta, se trata del adquirido por observación, cuyos elementos básicos consisten en prestar atención a un comportamiento, recordarlo y luego convertir en acción la observación recordada de acuerdo a una motivación para ello. Así aprenden los hijos comportamientos a sus padres que los ponen en práctica cuando las circunstancias se lo exigen, como el cocinar, por ejemplo.

Los “mapas cognitivos” están dentro del aprendizaje cognitivo y constituyen una esquematización de la información, cuyo ejemplo más elemental es el esquema o mapa que posee

cada persona del barrio o ciudad donde vive. Estos mapas también abarcan información estructurada que se utiliza en el momento de dar una respuesta y se manifiesta en el hecho de que cada quien tiene su manera propia de desarrollar determinada labor. Para el cumplimiento de un objetivo se pueden utilizar uno o varios mapas cognitivos (por cualquier camino se llega a Roma). El intelecto juega un papel importante a la hora de seleccionar la forma de responder, ya que es allí donde se lleva a cabo la selección de la respuesta, una vez se recibe el correspondiente estímulo, lo único que exterioriza, de todo este proceso, es la información o acción que el medio requiere.

La investigación ahora se orienta hacia el ámbito fisiológico para descubrir lo que acontece a nivel de órganos al experimentar lo que comúnmente se denomina como aprendizaje. Aquí entran las reacciones químicas, físicas y motoras que se centran sobre todo en el sistema nervioso, pero esto se sale del ámbito de la filosofía. Por ahora es suficiente con la generalización que se ha hecho respecto de los elementos psicológicos, que no se analizaron de manera minuciosa pues no se trata de un curso intensivo de psicología sino de una ayuda a la comprensión de la manera como el ser humano aprehende los conocimientos y los almacena en su memoria.

El problema del aprendizaje hoy se encamina hacia el macro universo de la inteligencia artificial, que tiene su mayor expresión en la robótica y la física cuántica, mundos bastante complejos que se exploran de manera acelerada y se van masificando por medio del mercado comercial, con la denominación “smart” tomada del inglés que al español se traduce con el adjetivo de “inteligente” y califica a varios equipos como el computador, el teléfono, la televisión, la estufa, la olla, etc. Pero estos temas sobrepasan el asunto que se estudia en el presente trabajo. San Agustín (año) *en el libro décimo de Las Confesiones* afirma:

Aprender estas verdades de las que no recibimos imágenes por los sentidos, sino que, sin imágenes, por sí mismas las vemos como son dentro de nosotros, no es otra cosa sino “recoger” por decirlo así, con el pensamiento las especies que, dispersas y desordenadas contenía la memoria, y con la fuerza de la atención procurar que, como colocadas a la mano en la misma memoria, donde antes disgregadas y descuidadas se escondían, y se ofrezcan fácilmente a la familiar mirada. (pp. 10, 11, 18).

La afirmación anterior con apariencia platónica, en cuanto acepta la existencia de un pre-conocimiento, contiene uno de los tipos de aprendizaje mencionado, aunque no conviene aseverar que eso era exactamente el deseo del autor. Los conceptos que mencionan son de carácter abstracto,

algo así como la esencia que busca señalar lo que la cosa es en sí misma, cualquiera que sea la imagen que se utilice. De todas formas en la memoria priman las ideas sobre las imágenes.

La imagen producto del sentido y la imagen producto de la acción del intelecto, son diversas. Comprender lo que es la esencia implica tener una imagen originada a partir de un agente que actúa en los sentidos (el sonido de las palabras) para después crear una imagen de otro género que reposa en la memoria y a la cual acude el pensamiento cuando así lo requieren las circunstancias. Así por ejemplo cuando a alguien le describen un lugar lo hacen con la imagen que el intelecto de quien narra ha realizado en la mente y cuando el receptor capta el lugar con sus sentidos encuentra una imagen distinta del mismo.

San Agustín también afirma que “el pensamiento recoge especies desordenadas” que equivalen a la información existente en la memoria: El intelecto da origen a nuevas ideas, lo que equivale a la expresión de Agustín respecto a que la atención actúa sobre los conceptos. En el intelecto reside una gran variedad de información adquirida a través de los sentidos, que al ser combinada puede dar origen a conceptos abstractos, que no tengan una conexión directa con los sentidos. Prueba de ello es que muchas personas creen en los ángeles y nunca han tenido experiencia directa con ellos, porque no están dentro de la realidad de los sentidos, pero gracias a la información sensible, el ser humanos se puede hacer una idea de lo que es un ángel.

La información que brinda la cita de Las Confesiones coincide con el aprendizaje de tipo cognitivo, en cuanto es producto de los “mapas cognitivos”, considerados como la agrupación ordenada de información, que es manejada por el intelecto. De no ser así entonces esa perspectiva encierra una tendencia innatista en lo que respecta al aprender, que ya no sería propiamente aprehender sino sacar de un banco de información pre existente. Pero tanto los animales como los seres humanos tienen la capacidad de aprender y la desarrollan gracias a estímulos que les incitan a ello y con la ayuda de la información que les brindan los sentidos. Además este proceso implica algo más que “recoger” información dispersa en la memoria, implica todo un complejo proceso de un mecanismo fisiológico.

1.1.2.1. Las matemáticas en la memoria. Las cosas que conocen el ser humano son abundantes y de una gran variedad, a lo cual se junta los conceptos que de las mismas posee en su intelecto. Aquí se destacan las que tienen un carácter abstracto, como es el caso de las nociones y leyes de los números y dimensiones. Hay una situación que es veraz, porque así lo registra la

vivencia misma del individuo, y es que existen en el intelecto las ideas de los números y sus relaciones, de las nociones del tamaño y forma geométrica de los diversos objetos que se encuentran estrechamente relacionados con la realidad sensible ya sea para originarse o para aplicarse a ella, según se contempla en el siguiente texto:

El espíritu puede considerar objetos abstraídos y purificados de la materia en tanto que funda, en general, las propiedades sensibles, activas y pasivas de los cuerpos; entonces considera únicamente una cierta propiedad que separa de los cuerpos... la cantidad, nombre o extensión en sí; objeto del pensamiento que no puede existir sin la materia sensible, pero que puede ser concebida sin ella. (Pérez, 2020, pp. 155-175).

La forma como los conocimientos matemáticos entraron en la mente del hombre, encuentra una explicación más asequible si se analiza su infancia, donde se puede apreciar que es la instrucción la responsable de brindar a los infantes los conocimientos sobre todas las cosas. Ahora bien, no se podrían almacenar si su capacidad intelectual no tuviera la capacidad para albergarlos. Gracias a esta capacidad de la mente humana es como se pueden realizar las abstracciones en sus diversos grados, que tienen como objeto la materia sensible (materia corporal que es sujeto de cualidades sensibles) que puede ser común cuando se menciona de modo general, por ejemplo la madera, o individual cuando se hace relación a una materia sensible específica, por ejemplo la madera de esta silla; también la materia inteligible, la sustancia es cuanto que es sujeto de la cantidad, se puede clasificar en individual y general, según haga referencia a una determinada sustancia o a la sustancia en general. El análisis de la abstracción de la cantidad y las especies matemáticas también hace parte del presente estudio.

Santo Tomás de Aquino afirma: Las especies matemáticas puede ser abstraídas por el entendimiento, no solo de la materia sensible individual, sino también de la común. Sin embargo, no de la materia inteligible común, sino solo de la individual... Es evidente que la cantidad está presente en la sustancia antes que las cualidades sensibles, y esto es abstraer de la materia sensible. Sin embargo, no pueden ser concebidas sin referirlas a la sustancia en cuanto sujeto de la cantidad, ya que esto sería abstraerlas de la materia inteligible común. Sin embargo no es necesario referirlas a ésta o aquella sustancia. Esto equivaldría a abstraerlas de la materia inteligible intelectual. (Suma Teológica, s.f. pp. 1,85).

La forma geométrica de la materia hace parte de la investigación del abstraer ya que permanece en estrecha relación con la realidad material porque está aplicada en ella, así por ejemplo “el estudiante abstrae la forma del círculo de toda la materia sensible (Vergel, R. 2014). Para continuar

adelante es bueno aclarar que todo aquello que es objeto del conocimiento humano, ante todo tiene ser, y como el ser se predica de muchas formas, entonces en el objeto determinado, se puede analizar cualquiera de sus manifestaciones de carácter meramente sensible, o desde la perspectiva de su forma física y/o de su cantidad, o desde el ámbito ontológico del ser mismo. En el presente estudio se trata del segundo aspecto, cuya ubicación dentro del contexto de las demás facetas del ser la plantea Aristóteles de la siguiente forma:

Los seres matemáticos son menos sustancias que los cuerpos; no son anteriores, en razón al ser mismo, a las cosas sensibles, solo tienen una anterioridad lógica; y no pueden tener en ningún lugar la existencia separada. Y como, por otra parte, no pueden existir en los mismos objetos sensibles, es evidente que no existen absolutamente, o bien tienen un modelo particular de existencia, y que por consiguiente que no tienen una existencia absoluta (Metafísica, s.f, pp. 1, 5, 3).

La apreciación del objeto de las matemáticas, cada vez resulta más claro, es conveniente continuar por esta senda, para que a través de su modo de existencia, llegar a una concepción más precisa de la forma como este (el objeto de las matemáticas) reside en la mente del ser humano; ya que según las apreciaciones hechas, la condición de los objetos matemáticos es accidental y hacen parte de la multitud de accidentes que son esenciales a las cosas, en tanto que cada uno de ellos reside esencialmente en ellas. (De Botton, 2021). Para aclarar más el modo de ser propio de los entes matemáticos, dice el estagirita “cuando se admiten como existencias separadas algunos de estos accidentes esenciales; cuando se trata de estos accidentes en tanto que existencias separadas, no se incurre en error (Metafísica, s.f., pp. 1, 5,4).

Las nociones de los números y las dimensiones ni existen como una sustancia totalmente diferente de las sustancias sensibles, ni están imbuidas en estas de una forma tal que no se puedan separar; sino que conforman un orden propio de existencia que corresponde al fruto de la abstracción matemática, representado en conceptos de la mente humana, con un carácter universal. Sin embargo en ocasiones, se manejan estos términos como seres totalmente individuales; el porqué de este fenómeno lo expone Aristóteles como algo práctico, “puede llegarse a resultados excelentes afirmando como separado lo que existe separado; y así lo hacen el aritmético y el geómetra” Soto-Del Ángel, 2018 p. 86).

El ser de las magnitudes aritméticas y geométricas se puede dar por establecido para pasar al análisis del modo como estos entes se hacen presentes en la mente humana que, como queda dicho, pertenece al ámbito de la abstracción matemática, cuya manera de comportarse se puede encontrar en la siguiente explicación:

En cuanto a lo que se denomina abstracciones, el intelecto las piensa como se pensaría lo chato: En cuanto chato no es pensado en estado separado, mientras que en cuanto cóncavo se halla realizado así, cuando el intelecto piensa los términos abstractos piensa los seres matemáticos –que sin embargo no son separados- como separados (Irizar, 2011).

Francisco de P. Samaranch al comentar el anterior texto expresa: “El intelecto práctico no piensa nunca ‘cosas separadas’ de lo sensible. El intelecto ‘teórico’ en cambio, sí piensa cosas ‘separadas’: los ‘seres matemáticos’, simples determinaciones de lo sensible, de que son en realidad inseparables, una abstracción de la mente” (García Marqués, 2023). Queda claro que la memoria guarda conceptos que tomó de realidades sensibles concretas y que para poder aplicarlas cuando las recuerda debe acudir de nuevo a cosas sensibles concretas en las que se manifiestan. Santo Tomas de Aquino opina al respecto que “cuando se abstrae la forma de la materia, ambas quedan en el pensamiento. Ejemplo, si de una lámina abstraemos la forma circular, en el entendimiento quedan por separado los conceptos de círculo y de lámina” (Florido, 2014, p. 23)

Las nociones y las leyes de los números y las dimensiones son una realidad, presente en la sustancia sensible de donde es abstraída por el intelecto, lo que implica una acción de los sentidos en la elaboración de imágenes y por supuesto la actividad del entendimiento agente que no solo ilumina las imágenes, sino que también abstrae de ellas las especies inteligibles, en este caso en orden matemático. Ahora bien, si se considera que las nociones aritméticas y geométricas llegaron al intelecto por la instrucción (como se dijo arriba), ha de saberse que para ello hubo mediación de los sentidos, y acción interna que actualmente se denomina “formación de conceptos” y que consiste principalmente en elaborar una imagen en la mente a partir de una información que viene de fuera o de un objeto que estimula los sentidos. Es de anotar que las posibles imágenes que forma el individuo, han de tener estrecha relación con otras que ya habiten en su memoria, como fruto de una experiencia sensible, y que al combinarlas dan origen a una mayor generalización de abstracción en tanto que ayudan a constituir los diferentes conceptos o ideas, según se expone a continuación:

El conocimiento del hombre acerca de las cosas está organizado. Ninguna idea existe aislada de otras. Las cadenas asociativas de ideas se vinculan y se organizan en agrupaciones supra ordenadas y subordinadas. A medida que las ideas llegan a estar más y más alejadas de las experiencias concretas, decimos que son más abstractas (Amaya Moyano, 2013).

En un caso específico, el individuo para saber lo que es ‘número dos’ ha de tener una experiencia sensible, como es la de percibir la grafía de dicho número y saber la relación establecida que indica la realidad se la sumatoria varias unidades, lo cual está depositado en su banco de información y lo evoca cada vez que se presenta un estímulo circunstancial que active su recuerdo o la necesidad de apelar a esta determinada información. Esto hace parte del aprendizaje de las cantidades que tiene como base la unidad alrededor de la cual se mueven las demás cantidades.

El aprendizaje de las figuras geométricas guarda cierta similitud con el aprendizaje de las cantidades matemáticas. Siempre habrá una imagen por medio de la cual el individuo pueda aprehender lo que es un triángulo, y concebir la idea de triángulo en su mente, para luego asociarla con todo aquello que tenga forma triangular. Cuando se analiza el concepto de triángulo, se puede notar el movimiento abstraccionista de la mente, triángulo, ‘figura delimitada por tres líneas que se cortan mutuamente’. Llegar a comprender esto, implica tener claras en la mente las ideas de figura, delimitación, línea y, en fin, cada uno de los elementos de la frase. Si se concentrara la atención solamente en el aspecto geométrico, se tendría que saber lo que es línea (sucesión de puntos), y para ello saber lo que es punto, y así sucesivamente hasta lograr formar un concepto claro y manejable por el individuo.

El modo de aprehender de la mente está supeditado a los modos analizados. Es claro suponer que es mucho más profundo este estudio, tanto en la dimensión gnoseológica, como en el aspecto fisiológico. Pero por el momento esta información permite indagar el ‘estar’ de las matemáticas en la mente humana. Con estas nociones sobre la existencia que poseen y la forma como llegan los conceptos matemáticos a la mente, es fácil concluir que existen en la memoria a manera de ideas universales o generales.

San Agustín (398) escribe a este respecto: “Contiene así mismo la memoria, las innumerables nociones y leyes de los números y dimensiones, ninguna de las cuales ha sido impresa en ella por algún sentido del cuerpo, porque no tienen color, ni sonido, ni olor, ni se pueden gustar, ni tocar” (Confesiones, p. 177). Definitivamente estos conceptos si están en la memoria y no entraron por

los cinco sentidos básicos directamente, pero si entraron por ellos las imágenes de donde se abstraieron dichas ideas. “Oigo el sonido de las palabras con que se designan cuando de ellos se trata: mas una cosa son los sonidos y otras las cosas significadas, porque aquellos de una manera suenan en griego y de otra en latín; mas estas ni son griegas ni latinas, ni de ningún otro idioma” (p.177).

Los conceptos matemáticos constituyen ideas universales de una realidad objetiva, que sin pertenecer a ningún idioma, están en potencia de asimilarse a cualquiera de ellos, dado que el funcionamiento de la mente humana no se deriva del tema cultural o idiomático sino de la capacidad universal que es común a todos los individuos de la misma especie. Por ejemplo, las líneas que trazan las personas que se dedican al dibujo, en ocasiones, son sumamente delgadas como un hilo de araña; las líneas matemáticas en cambio, no son imágenes de las que notifican los sentidos, sino que pertenecen al conocimiento de quien sin ningún pensamiento de cuerpo alguno, las reconoce dentro de sí.

Las líneas matemáticas son producto de la abstracción y no es una característica sensible de las cosas (por eso no es imagen producida por el ojo de carne), sino que pertenece a un grado de ser más elevado, universalmente válido, fruto del entendimiento. El reconocerlas dentro de sí, se deduce no por cuestiones innatas, sino gracias a la abstracción hecha por el entendimiento agente y reservado en la memoria del individuo. “También sentí con todos los sentidos del cuerpo los números que contamos: pero aquellos con que contamos son otros; y no son imágenes de estos y por eso tienen mucho ser” (p.177). Si los números son relaciones reales que poseen una entidad propia, y aunque no dependen esencialmente de las cosas sensibles, tienen en ellas su aplicación, sin que por ello dejen de ser seres reales; que se podrían denominar también como ideas universales, cuyo centro esencial y básico es la unidad.

Los conocimientos matemáticos y geométricos que habitan en la memoria, guardan estrecha relación con los demás conceptos que posee el ser humano. Tienen en común la abstracción al tener en cuenta el ser propio de las ideas como conceptos universales aplicados por todos los individuos.

La conclusión para finalizar este capítulo consiste en dar claridad que el aprendizaje y la adquisición de los conocimientos está íntimamente ligado con la facultad de la memoria, conocida como la facultad de recordar pero que también ejerce en buena y conveniente medida la facultad de olvidar, lo que puede tener relación con traer felicidad al sujeto. En el siguiente capítulo se

expondrán los actos de la memoria junto con las afecciones del alma para aclarar el manejo del recuerdo, el olvido y la reminiscencia.

2. El recuerdo

Dentro del mundo de la memoria existen muchos campos diversos. En la unidad anterior se analizó la adquisición y permanencia de los conocimientos en la mente humana; en este capítulo se pretende tomar como eje central lo concerniente al recuerdo. Todos los conocimientos adquiridos por el hombre permanecen en su mente, no como algo perdido, sino como información disponible para ser utilizada cuando el individuo le plazca, esto es, cuando quiera recordar. Aunque en ocasiones se presenta de manera involuntaria cuando alguna eventualidad circunstancial activa determinados recuerdos.

El acto de recordar no implica solamente hacer actual algún conocimiento adquirido, sino también poner de manifiesto una actividad realizada en el pasado. Dentro de estas actividades se encuentran los actos de la memoria que será el tema del próximo apartado.

2.1. De los actos de la memoria

Las cosas que pueden ser objeto del recuerdo son bastante numerosas, San Agustín (398) destaca los actos de la memoria que constituyen un área especial del recuerdo en cuanto se da una relación íntima de tal forma que la memoria revive lo que ha hecho, así por ejemplo, el individuo recuerda que alguna vez en el pasado recordó (p.178). Para una mejor comprensión de este aspecto, se hace necesario tener algunas nociones sobre el recuerdo y los actos de la memoria. El recuerdo se define como el proceso de iniciar o despertar una imagen o experiencia 'némica'. Los actos de la memoria comprenden las operaciones o funciones por ella realizados como la fijación y conservación de los recuerdos, el reconocimiento de acontecimientos que ya sucedieron, como pasado y la colocación del recuerdo en determinada época y circunstancia de la existencia. Aunque existen otras funciones, en las anteriores se centran las de mayor importancia.

El proceso del recuerdo incluye el modelo de almacenamiento y transferencia de Atkinson Shiffrin, según el cual: "contamos con tres tipos de memoria. En primer lugar el material atraviesa nuestros sentidos para llegar a la memoria sensible (MS). En menos de un segundo esta información desaparece o es transferida de la memoria sensible a la memoria a corto plazo (MCP), donde puede permanecer alrededor de veinte segundos. Si no desaparece en esta etapa, se dirigirá a la memoria a largo plazo (MLP), donde puede permanecer el resto de nuestra vida" (David, 2019, p. 98). El recuerdo contemplado en estos términos, guarda una estrecha relación con la forma como el ser

humano conoce, lo cual es motivo de certeza, dado que ambos son procesos que se llevan a cabo en la mente humana; como lo describe este pasaje:

De esta misma multitud (las cosas que hay en la memoria) tomo las semejanzas de las cosas, o experimentadas por mí, o creídas por analogía con las experimentadas con distinción de unas y otras; y cotejándolas con los sucesos pasados, conjeturo acciones, sucesos y esperanzas para lo porvenir; y todo esto también me lo represento, como si estuviese presente: ‘haré esto o aquello’ –digo entre mí en esta anchuras a estancia de mi alma, abarrotada de las imágenes de tantas y tan grandes cosas-... Esto digo en mi interior y al decirlo, súbitamente salen del mismo tesoro de la memoria las imágenes de todo lo que digo; pues si ellas faltaran, absolutamente nada de esto podría decir. (San Agustín, 398, p. 174).

San Agustín, circunscribiendo el tema del recuerdo a los actos de la memoria, como es posible acordarse del discernimiento entre lo verdadero y lo falso, y la capacidad de distinguir entre el discernimiento actual y el que posee en el recuerdo. Que constituyen algunas de las características de los recuerdos aquí tratados. Hasta aquí queda claro que la mente humana tiene la capacidad de recordar, pero surge un nuevo interrogante: ¿Cómo recuerda?

La organización arriba planteada, acerca de las tres clases de memoria sirve de base para afirmar que recordar es sacar una vivencia de la MPL y hacerla presente en la MPC. Se trata de sacar logros de la estantería para colocarlos en el escritorio, de acuerdo al tema que se esté estudiando. Este proceso incluye reacciones físico-químicas del sistema nervioso, elementos propios de la fisiología. En cuanto a lo teórico se encuentra una fuente de indagación en las manifestaciones externas de las personas.

Los actos de la memoria tienen como punto de partida la fuerza de la voluntad, que desencadena todo un proceso donde al recordar la imagen de un acontecimiento se recuerdan otras relacionadas con ésta, así se pone al descubierto el contenido de la memoria, donde se depositan todas las cosas que el recuerdo guarda según las experiencias y las creencias. Dicho proceso lo describe San Agustín (398) al afirmar:

Allí estoy (en la memoria), pido que se me presente todo cuanto quiero; y algunas cosas salen al punto; otras es menester buscarlas más despacio, y cómo sacarlas de unos receptáculos más recónditos; algunas irrumpen en tropel, y mientras uno pide y busca otra cosa, saltan en medio, como diciendo: ‘¿no seremos tal vez nosotras?’ Mas yo con la mano de la voluntad las espanto de la faz de mi memoria, hasta que se descubra lo que quiero y salga de su escondrijo a mi presencia” (p. 173).

Como punto final de esta actividad, se da el hecho de poder elegir uno cualquiera de los recuerdos ubicados en la memoria, en este caso los actos de la misma, ya que también han sido depositados allí, porque los seres humanos al discernir o procesar un asunto para poderlo entender, lo guardan en la memoria para después recordar lo que entendieron en determinado momento. “Me acuerdo, pues, de haber acordado; y si después recordare que ahora pude recordar estas cosas, cierto es que a la virtud de la memoria se deberá el recordar” (San Agustín, 398, p. 178).

Los recuerdos extraídos de la memoria a largo plazo (MLP) y los ubicados en la memoria a corto plazo (MCP) no tienen confusión, se manifiestan en forma ordenada, el recuerdo de los colores aparecen aún en la oscuridad y el recuerdo de los sonidos se hace presente aún en medio del silencio. Lo que corresponde a cada sentido fluye en la memoria sin que lo que haya reunido otro sentido le obstaculice el manifestarse en la memoria, cuando el sujeto así lo requiera.

La actividad del recuerdo se da gracias a la codificación que existe en la memoria; la cual puede darse por medio de la asociación o por medio de la organización. La primera forma se caracteriza porque el individuo necesita crear asociaciones entre lo que quiere recordar ahora y algo que ya sabe, es decir, hacer que el nuevo material sea de alguna manera significativo. Este tipo de organización significativa es un tipo de codificación. La segunda codificación hace relación a la técnica de agrupamiento, que consiste en reunir la información en categorías para que en el momento de recordar se pueda organizar en el mismo orden que fue presentada, para facilitar dicha labor.

La memoria en sus recuerdos conforma un mundo particular, lleno de objetividad, donde se distingue claramente lo verdadero y lo falso, lo real y lo ficticio, etc. Este estrecho universo está estrechamente relacionado con el mundo donde se encuentran los objetos reales, pero no se identifica plenamente con ellos, ya que solo posee sus imágenes. San Agustín (398) comenta este hecho con las siguientes palabras:

Todas estas cosas tengo en la memoria, y tengo en la memoria como las aprendí. Muchas objeciones oí alegar falsísimamente contra ellas, y las tengo en la memoria; y aunque las objeciones son falsas, no es falso, sin embargo, que yo me acuerdo de ellas. (p. 177).

Queda pues claro que la memoria tiene la capacidad de recordar sus propios actos, gracias a las imágenes que de ellos ha elaborado en el pensamiento.

2.2. Recuerdo de las afecciones del alma

El punto anterior refería como la memoria está en la capacidad de recordar sus propios actos, ahora se procura entrar en el campo del recuerdo a nivel de las afecciones del alma; entendidas estas como cualquier manifestación de los sentimientos y las emociones en general. El recuerdo de las afecciones del alma es de carácter diferente a la vivencia de las mismas, según lo expresa el doctor Hiponense:

También las afecciones de mi alma entran en la memoria, no de la manera que las tiene la misma alma cuando las padece, sino de otra muy diferente, conforme a la manera de ver de la memoria. Porque sin estar alegre, me acuerdo que estuve alegre; y sin estar triste, recuerdo mi tristeza pasada; y sin temor, rememoro haber temido alguna vez; y sin codicia, tengo memoria de mi antigua codicia. (p. 178).

El pasaje anterior muestra que la memoria, aunque constituye una de las potencias del alma, guarda una marcada diferencia con la misma, dado que, en el momento presente, es el alma quien experimenta sus propias afecciones, pero cuando estas afecciones entran a formar parte del recuerdo se ubican en la memoria, donde se notarán en una forma objetiva sin volver a experimentarlas de nuevo, por lo menos dentro de las mismas circunstancias. Con lo cual es claro que la memoria constituye un campo particular en la psicología del hombre, ya que está en el alma sin identificarse enteramente con ella.

San Agustín (398) afirma que son cuatro las afecciones del alma: deseo, alegría, temor y tristeza, y que se pueden mencionar sin necesidad de experimentarlas en ese preciso momento (pp. 178-179). Al respecto surge un fenómeno que es corriente dentro del comportamiento humano, y es el caso de contagiarse, por así decirlo, del sentimiento o emoción que se recuerda. De esta forma se observa con frecuencia que una persona entristece al recordar la muerte de un ser querido; sonrío al recordar alguna anécdota que haya acaecido en el pasado; suspira tras rememorar hechos que fueron de su total agrado, etc.

Los factores psicológicos a tener en cuenta dentro de la situación planteada, como en otros casos, son múltiples. Resulta positivo resaltar la intensidad con que se experimenta la afección del alma a estudiar. De esta forma se tiene que si la emoción, cualquiera que sea, fue bastante fuerte, existe un alto grado de posibilidad para darse un cambio en el estado emocional del individuo que la evoca como recuerdo; de esta manera se logra que la persona experimente la afección del alma que en el acto evoca del pasado, es decir, que se alegre al recordar una vivencia o afección de alegría.

La distancia temporal que separa el momento presente del instante en que tuvo lugar la afección motivo del recuerdo, también tiene una importancia relevante. Esto crea una escala cuya regla de operación es a más proximidad en el tiempo más probabilidad de alteración en el estado de ánimo por la rememoración de una afección del alma y viceversa. En los recuerdos se da cierto grado de objetividad, aún en los casos que se relacionan con lo más íntimo del sujeto tales como sus experiencias extremas. De acuerdo con la intensidad de la afección del alma, esta posee o no la capacidad de alterar el estado de ánimo presente en la persona que recuerda.

La naturaleza humana es sabia en su actuar, porque de no ser así estas situaciones podrían conducir a dos extremos de alguna forma patológicos, o que el individuo estuviera en un constante cambio de ánimo según lo dictaran sus recuerdos, o que se tornara insensible ante las fuertes situaciones emocionales que conllevan la vida humana. En el primer caso quedaría también limitado el desarrollo emocional del individuo por estar sujeto a sus recuerdos a modo de patrones de sus propias emociones. En el segundo caso se tornaría frívolo y por tanto antisocial o perjudicial para la comunidad.

El desgaste de los recuerdos y/o su asimilación está íntimamente ligado con la distancia temporal de la experimentación de las afecciones del alma. El desgaste obedece al exceso de frecuencia con que se evoca una determinada situación, hasta el punto de que el individuo mismo se harta de la misma y termina dejándola de lado (esto según el carácter de la persona); es así como un chiste repetidas demasiadas veces pierde la gracia que conllevaba en la primera ocasión en que se experimentó.

La asimilación de los recuerdos de las afecciones del alma obedece a que una persona al evocar con frecuencia una tragedia acaecida en el pasado para narrarla, la hace tan rutinaria hasta el punto de recordarla sin inmutarse. Esta situación sumada al paso del tiempo y a la maduración psicológica y emocional de la persona, crea el ambiente y capacidad propicios para asimilar los recuerdos, de tal forma que no afecten en una acción directa el estado emocional del individuo.

La psicología moderna no trata expresamente el tema de la reminiscencia de las afecciones del alma a la manera como San Agustín lo menciona, como existente en el listado de los recuerdos humanos, lo cual se comprueba en la historia cotidiana porque ¿quién no recuerda haber experimentado deseo, alegría, temor, tristeza alguna vez en su vida? Luego se puede decir con certeza que las afecciones del alma experimentadas en el pasado permanecen en la memoria del

individuo junto a los demás recuerdos, y su rememoración puede o no alterar el estado emocional de la persona de acuerdo a las circunstancias de cada caso, como quedó expuesto en estas líneas precedentes.

2.2.1. Impresiones de las afecciones del alma.

El hecho que las afecciones del alma pueden ser recordadas implica que estas habitan en la memoria, por tanto forman parte del gran contenido de la mente, el cual ha sido sacado de la experiencia e impreso allí de alguna forma particular de tal manera que crea una imagen que constituye la principal unidad de trabajo para que la memoria tenga recuerdo.

San Agustín (398) afirma que las afecciones del alma son asequibles a la memoria a través de imágenes, como se puede apreciar en este texto: “Nombro el dolor del cuerpo, que no está presente en mí cuando nada me duele; mas si su imagen no estuviese presente en mi memoria, no sabría lo que decía, ni tratando de él podría distinguirlo del deleite” (p. 179). En definitiva, las afecciones del alma parten de la experiencia y se registran en la memoria del individuo en forma de imágenes, que pueden ser recordadas y distinguidas con claridad del momento presente de cada persona. Las imágenes de una emoción o sentimiento definido de una persona conservan particularidades propias, por ejemplo, cuando se mencionan las piedras, se hacen presentes en el pensamiento las imágenes de esos objetos concretos y no de otros.

La tristeza o la alegría, en cambio, no poseen imágenes de ellas como tales, sino que aparecen en el pensamiento imágenes de situaciones en las que se experimentó ya sea alegría o tristeza, según el caso y a partir de estas se extraen las ideas de una determinada afección del alma; es el caso de la persona que al presentar un rostro de jocosidad brinda la idea de alegría y al expresar la sensación de malestar expresa la idea de tristeza.

La psicología integra las vivencias emocionales a las demás experiencias de la persona en lo referente a la fase de aprehensión y fijación en la memoria. La aprehensión-fijación, también conocida como el acto de captar, prender o fijar un contenido psíquico cualquiera. Puede tener categoría de imagen, de intuición intelectual, de experiencia afectiva (Flores. 2017) o de cualquier otro proceso similar. Cuando se presenta una vivencia que precisa ser sentida, vivida o experimentada, la mente humana activa los mecanismos necesarios para almacenar dicha información de acuerdo con la conveniencia o no para quien protagoniza los acontecimientos. Las

afecciones del alma son impresas de igual forma que cualquiera de los conocimientos humanos; esto no descarta que se conserven ciertas diferencias como se mencionaba antes respecto a las imágenes.

La impresión de las afecciones del alma incluyen el campo afectivo y el campo cognitivo del individuo, que conservan cierta diferencia en cuanto el primero trabaja con las experiencias afectivas y el segundo se basa en las percepciones objetivas que toman los sentidos externos de la realidad, sin embargo en los estados de conciencia, aparecen, en todos ellos, cierto elemento cognitivo, pues de otra suerte su existencia no se revelaría a la conciencia ni podría ser proceda por la memoria y no se podría especular nada acerca de las afecciones del alma.

Los dos campos, en apariencia diferentes, experimentan una relación de adaptación, ya se operada por uno u otro por ambos mutuamente. Producto de esa adaptación es el hecho de poder recordar vivencias de todo tipo afectivo en una forma objetiva, como se estudió en el numeral anterior. Reflejándose así que es el campo efectivo el que se torna en experiencia para poder ser captado por el conocimiento humano, haciéndolo parte del contenido de memoria intelectual.

El proceso por el cual las afecciones del alma llegan a la mente humana, ha de seguir el camino de la percepción, de manera especial de la observación de aptitudes, ya sea en el propio sujeto o en otra persona que se encuentre en un determinado estado de ánimo que rija su comportamiento. Cuando se trata del sujeto mismo, éste se entera de su estado de ánimo sin la ayuda de la información de los sentidos; pero realmente de no ser porque posee la capacidad de captar sus propias aptitudes, no podría enterarse que está bajo el influjo de una determinada afección del alma plasmada en sus acciones, y cuyo concepto ya reside en su mente, junto con las características que comprende penetrando allí a través de imágenes de los sentidos.

La cuestión es un poco más objetiva en los demás sujetos y se nota con más claridad la tarea desempeñada por los sentidos en la recolección de imágenes, para llevar a cabo un mecanismo selectivo mediante el cual se escojan ciertas señales y un mecanismo integrador que organice esta diversidad de estímulos. Gracias a estos estímulos y a otros más complejos de orden fisiológico que tienen lugar en el cerebro, se crea una imagen concreta y objetiva de lo que son las afecciones del alma, hasta el punto de poder recordarse y mencionarlas en las conversaciones. Aquí surge una nueva perspectiva que no demerita lo anterior, sino que lo precisa un poco más, y es que las

afecciones más que ser percibidas son sentidas, esto sobre todo en lo tocante a las experimentadas por el sujeto mismo, de ahí la expresión: ‘me siento alegre’ y no: ‘me percibo alegre’.

El sujeto expresa que se siente alegre, después de haber captado sus propias actitudes que son expresiones con las cuales se puede leer el estado de ánimo predominante en el individuo; por eso es que esta nueva perspectiva no cambia del todo el método del que se hablaba, sino que precisa la capacitación de este hecho como un ‘sentir’. Las actitudes que manifiestan el estado de ánimo son ‘percibidas’ y el estado de ánimo como tal es ‘sentido’. Esto hace parte del fenómeno de la filosofía moderna denominada ‘impresiones intraceptivas’ que se caracterizan por ser sentidas más que percibidas y, por tanto, constituyen un puente entre la calidad o cualidad del saber y la del sentir, o si se quiere, entre la sensación y el sentimiento similar al aspecto que se mencionaba sobre el campo afectivo y el cognitivo en el ser humano.

La captación de las afecciones del alma en los seres humanos incluye las impresiones intraceptivas de ahí que resulte más preciso decir: “percibo que él está triste” y no: “siento que él está triste”, en cuanto que en los demás las afecciones del alma son más percibidas que sentidas como tal, porque hacen parte de conocimiento objetivo y no una experiencia subjetiva. Hasta aquí se puede apreciar que las afecciones del alma están depositadas en la memoria a manera de imágenes establecidas allí por un mecanismo fisiológico propio, que tiene como principal elemento los sentidos, por los cuales la mente obtiene información, con la que traduce la nueva situación al lenguaje de la memoria, constituido básicamente por imágenes.

2.3. Recuerdo y olvido

El capítulo anterior se ocupó del análisis de una de las grandes capacidades de la memoria como lo es el recuerdo, que brinda enormes ventajas para un buen desarrollo de la vida humana y que constituye un elemento de esencial importancia en muchas de las actividades sociales. Sin embargo, este elemento a pesar de su grande perfección también posee algunas deficiencias o debilidades que le impide realizar plenamente su labor, en algunas oportunidades, llevándole a anular parte del trabajo de la memoria; se trata del olvido, presente en todos los seres humanos.

La mente humana posee muchos aspectos y uno de ellos es el olvido que constituye un misterio por las contradicciones que manifiesta sobre todo en relación con el recuerdo, porque todos alguna vez han experimentado un olvido y luego recuerdan esa falla (el olvido) en la memoria. Aparentemente recuerdo y olvido son dos elementos contrarios y lejanos uno del otro, pero

realmente mantienen una estrecha relación que los identifica y los coloca en parámetros bastantes similares. San Agustín define el olvido como la ‘privación de la memoria’, y se cuestiona sobre cómo pueden compaginar estos dos aspectos (recuerdo y olvido), en la experiencia de recordar el olvido porque considera el olvido como el borrador de la memoria, como aquel elemento que colocado en un conjunto lo deja vacío.

El olvido no es un huracán que arrasa con todo lo que encuentra a su paso, de lo contrario no se podría ni mencionar ni recordar que alguna vez afectó al individuo. Como todos los demás contenidos de la memoria, ha de estar allí representado por una imagen, pero cuando se imprime la imagen de un objeto cualquiera en la memoria, primero es necesario que esté presente el mismo objeto, para que de él pueda imprimirse la imagen. Esto supondría la presencia del olvido como tal, en la memoria en un momento determinado, y si éste es contemplado como el borrador de la memoria, como el factor que, cuando está presente desaparece la información, lo anterior constituiría un imposible.

La presencia de un elemento que erradique de la memoria su contenido, es necesario, porque si no de ningún modo sería posible, al escuchar su nombre, conocer lo que por él se significa. El olvido hace parte de ese grupo de cosas que es muy fácil saber lo que son, pero que difícilmente se pueden definir a plenitud. Sin embargo, la experiencia manifiesta que el olvido es la supresión (parcial o total) de una información que estaba en la memoria y que se ausentó por algún momento y luego regresó de nuevo, o que allí estuvo y hay conciencia de que fue registrada por la mente, pero que en determinado momento, resulta imposible recordarla y solamente se sabe que estuvo registrada.

El fenómeno denominado olvido es propio de la memoria, y que, a pesar de afectarla directamente, esta lo reconoce y posee información acerca de él, sin que para ello fuese necesario experimentarlo totalmente, es decir, dejar la memoria en blanco. La idea del olvido bien pudo surgir como un nombre dado al fenómeno del que se trata, siendo así que no surgió primero la idea y posteriormente se aplicó a la mente, sino que en primera instancia se registró un fenómeno en la mente humana y posteriormente se le asignó un nombre que correspondiera a las características manifestadas por este. Además, cuando se menciona el recordar el olvido como idea y fenómeno del pensamiento, es diferente a recordarlo como contenido (lo que se olvidó); la primera cuestión se resuelve al recordar cómo se evoca cualquier otro concepto; en el segundo caso se tendrá que es

imposible recordar lo olvidado (de lo contrario ya no se llamaría olvido), justamente porque lo olvidado es la denominación que se da a lo que no se recuerda. Es justo aclarar que esto no comprende ni la memoria ni el recuerdo en una forma total; no se refiere a la memoria porque en ella hay gran cantidad de información que permanece, y no se refiere al recuerdo porque este incluso puede precisar que la información olvidada, alguna vez estuvo en la mente, y está en la capacidad de manifestar de qué se trata, y hasta recordarlo posteriormente.

Un individuo que ha olvidado el número que lo distingue en determinada situación, sabe lo que ha olvidado, no ha sido invadido plenamente por el olvido, sino que es capaz de alimentar el área de información que su recuerdo no alcanza; además sabe de qué se trata (de un número), y para qué se utiliza (identificarse en determinada situación). El doctor Hiponense expone esto de una manera elegante al decir:

Cierto es, pues, que la habíamos olvidado; mas ¿será que no se había esfumado del todo, y por la parte que recordábamos buscábamos la otra parte? Porque sentía la memoria que no recordaba en conjunto todo lo que en conjunto acostumbraba recordar; y como cojeando, por la costumbre troncada, pedía se le devolviese lo que faltaba. (p. 183).

Con lo anterior, de alguna forma, se da respuesta a la inquietud planteada por San Agustín sobre cómo puede la memoria recordar el olvido, si este es privación de aquella, y existe dentro de ella no solo como imagen, sino también como realidad, porque es en la memoria donde se representa y desempeña el, fenómeno del olvido, no en otra potencia del alma. El olvido se podría definir como el fracaso del esfuerzo evocativo, es decir, el intento fallido en la recuperación de los datos requeridos; lo cual significa que el olvido no es la pérdida (definitiva) de un recuerdo o de una información, sino simplemente, el fracaso (temporario) de su presentación en el instante conveniente.

El olvido de un número de identificación es un caso en el que resulta posible recordarlo a partir de la información que se posee, porque fue adquirida previamente y que simplemente está refundida en la memoria. Si el resultado final es que vuelve el número a la memoria inmediata para ser utilizado en el presente, entonces se tratará simplemente de un olvido parcial o temporal y no de la desaparición total de la información. Cuando desaparecen el total de la información que circunda un dato, entonces no sería posible buscar lo perdido, porque estaría totalmente olvidado, es decir, todavía no se ha olvidado del todo lo que se recuerda haber olvidado.

Algo similar sucede con aquellos conocimientos que se adquirieron en determina época y que posteriormente se consideran como olvidados, pero que al hacer un breve repaso del mismo tema afloran de nuevo con facilidad los conocimientos que se creían olvidados. Tema distinto sucede cuando se presenta el olvido total de experiencias vividas, por ejemplo, a la mayoría de las personas les resulta imposible recordar las actividades realizadas minuto a minuto en un día rutinario, es decir, sin acontecimientos extraordinarios, de una fecha que dista en el tiempo más de diez años.

La evocación de los recuerdos siempre está acompañada de circunstancias, preguntas, interrogantes cuestionamientos que ayudan a recuperar una buena parte de la información del pasado pero la mayoría de las experiencias se olvidan, al fin y al cabo la memoria también es la facultad de olvidar. Al respecto San Agustín (398) afirma: “Si enteramente se borra del alma, aunque nos lo sugieran no lo recordamos” (p. 183).

El olvido se puede sintetizar en dos clases, uno parcial y el otro total; el primero se puede discernir y precisar, pero no así el segundo, dado que a pesar de que el ser humano se mantiene en actividad constante, no siempre recuerda todo lo que hace. De alguna manera eso es natural o ‘normal’ en cuanto una sobre dosis de información o de recuerdos podría colapsar la mente humana.

2.3.1. Lo perdido.

San Agustín compara el olvido con la pérdida de los objetos reales en la cotidianidad de la vida. En este parangón resultan los sentidos externos del cuerpo ocupando el puesto de “la capacidad del recuerdo” y la realidad misma reemplaza el mundo de la memoria. Es así que cuando un objeto se declara perdido es porque ha escapado al alcance de los sentidos, pero permanece aún en la realidad y cuando se dice ‘olvidado’, es porque el recuerdo no puede hallarlo, pero eso sigue aún en la memoria.

La experiencia ha demostrado que el individuo conoce con claridad el objeto que ha perdido, porque si alguna cosa desaparece del banco de información inmediato, de todas formas se retiene dentro de la memoria la respectiva imagen, lo que permite identificar el objeto de los demás de su especie que puedan presentarse, y saber con claridad de qué se trata. De igual forma sucede con las cosas que se olvidan, es como si se refundieran en el infinito almacén de la memoria, pero cuando se intenta recordar se tiene conciencia de lo que se busca, el contexto en que se encuentra, y muchas

otras características; de suerte que mediante un esfuerzo mental se puede llegar al ‘lugar’ preciso donde está ubicada esta información, y una vez allí es relativamente fácil recordarla.

El olvido no siempre significa desaparición total de información en la memoria, lo que sucede es que los conceptos están refundidos en la memoria, sin que esto signifique necesariamente que la memoria no guarda ordenadamente la información sino que no todo el contenido del acontecimiento o experiencia ha sido colocado allí de la misma forma; existen cosas que se graban con mayor fuerza o con mayor impacto que otras, de acuerdo a la importancia que estas tengan para el sujeto, la atención que este les preste, el número de veces que las repasó, el estado de ánimo en que las adquirió, etc.

Los datos que conforman la memoria están representados por imágenes que se han ido haciendo, con el tiempo, muy débiles y esquemáticas, de forma que ya no se pueden reconstruir, en la mayoría de los casos se requiere de un esfuerzo especial por parte del sujeto que desea recordar. Ahora bien, lo perdido, o más exactamente, lo olvidado, no siempre se puede declarar irrecuperable, pero existen cosas que estuvieron en la mente y nunca más se hicieron presentes en la memoria del sujeto, con lo cual surge un gran interrogante frente a la comparación que se viene estudiando, debido a que las cosas que se declaran como ‘perdidas por completo’, existen en la realidad y allí permanecen (excepto las aniquiladas con el paso del tiempo) ¿Sucederá de igual forma con los recuerdos que se han declarado totalmente olvidados?

La respuesta es difícil precisarla, puesto que no se posee la certeza si lo que el sujeto considera que ha olvidado totalmente ha desaparecido por completo de la memoria o por el contrario tan solo es una sospecha de que no está allí. En este caso se acude a los agentes exteriores, tales como testigos, interrogantes, repetición de situaciones semejantes, etc., para intentar recuperar la información que se considera olvidada.

La memoria y el recuerdo se pueden diferenciar mediante una dicotomía: la memoria como el receptáculo de todas las cosas experimentadas por el individuo, y el recuerdo como el conjunto de experiencias que éste es capaz de recordar. Resulta factible que en la memoria existan cosas que no están en el recuerdo a similitud de la pérdida de objetos concretos que siguen en la realidad, pero no en el lugar habitual. Antes se mencionaba que las imágenes de la memoria se degeneran, luego se analizaba que puede haber cosas que se pierdan por deterioro y jamás se recuperen. En todo caso el olvido abarca tanto las cosas que no se recuerdan porque fueron eliminadas

definitivamente de la memoria tanto las cosas que no llegan presto al recuerdo pero que en alguna oportunidad futura con los estímulos necesarios vuelven a estar.

La pérdida en el contexto físico, en el caso de las cosas reales, cuando desaparece algo fácilmente irruptible (no se puede entrar en ellos ni invadirlos), un libro, por ejemplo, se ha quedado en un ambiente que no le favorece, entonces el pasar del tiempo y las condiciones que lo rodeen, pronto acabará y dejará de ser libro. De otro lado, si el libro se encuentra en un ambiente propicio, durará más tiempo; pero llegará el día en que por falta de uso y de cuidados se destruirá y ya no será libro. El mismo fenómeno puede presentarse en la mente cuando se trata de imágenes. Si las condiciones que ayudaron a imprimir la información en la mente son débiles y poco adecuadas, y además no se les presta cuidado ni se utilizan, ésta desaparecerá pronto de la memoria. De lo contrario, si los conceptos han sido imprimidos con excelentes circunstancias, los mensajes serán nítidos y de óptima calidad, pero de no ser usados, esto es de no recordarlos, estos mensajes permanecerán por algún tiempo, a partir del cual iniciarán un proceso de deterioro, hasta terminar borrados por completo de la memoria: ‘olvidados y perdidos’.

Los recuerdos, si en el proceso de destrucción son estimulados con un repaso o ‘regrabación’ fácilmente recuperarán su calidad inicial, prueba de ello son los conocimientos adquiridos a lo largo de la vida estudiantil, que al repasarlos con frecuencia son fácilmente asimilables. De no ser así se borrarían por completo de la memoria y tendrían que volverse a adquirir como por primera vez. El manejo de la mente humana es complejo y para conceptualizarlo resultan útiles los eventos experienciales que demuestran que lo que una persona olvida permanece por algún tiempo en potencia de ser recordado, pero también tiene la posibilidad de desaparecer por completo de la mente, es lo que se llama olvido parcial y olvido total.

Lo olvidado es lo perdido y si lo perdido puede ser encontrado entonces lo olvidado puede ser recordado, en ambas situaciones prima la condición que no haya destrucción. Si el sujeto recuerda el tema o el asunto que olvido, entonces permanece la posibilidad de recordarlo, de lo contrario no existe ‘agarradera’ posible para rescatar el recuerdo a no ser un evento extraordinario.

2.4. Reminiscencia.

La reflexión acerca del acuerdo incluye una palabra que ha hecho historia y ha dado origen a lo que se conoce como ‘recuerdo’. Además, ha sido punto central de uno de los más grandes filósofos como Platón y San Agustín, quienes basados en la reminiscencia elaboraron toda una teoría del

conocimiento, que solo las mentes conspicuas pueden alcanzar. La filosofía agustiniana posee un talante platónico, cuestión que se obvia en las obras de San Agustín, en las que con frecuencia se cuestiona acerca de la reminiscencia, tema que acrisoló en el pensamiento cristiano, sacándole el mayor provecho posible. En un ejemplo que cita San Agustín, puede explicar la forma como la mente rastrea los datos que se consideran olvidados, deja entrever la teoría de la reminiscencia, dice San Agustín (398):

Es como si viésemos con los ojos a una persona conocida o pensásemos en ella y olvidados de su nombre, anduviésemos buscándolo, cualquier otro nombre que se nos ocurriera no encaja, porque no solíamos pensarla con ese nombre, y por eso lo desechamos, hasta que se presenta aquel en que el pensamiento, acostumbrado a los dos juntos, plenamente descansa y ¿de dónde se presenta, si no de la misma memoria? Porque aun cuando lo reconocemos sugerido por alguien, de la memoria sale; pues no lo aceptamos como nuevo, sino recordándolo, asentimos que es aquel que nos dicen. (p. 183).

La confrontación entre este texto y la reminiscencia que menciona Platón resultaría errónea porque el platonismo intenta explicar una teoría del conocimiento en tanto que Agustín lo que intenta es describir el acto de recordar. Pero si es posible ubicar este ejemplo en la filosofía platónica en lo que se refiere estrictamente al recuerdo o conviene mejor ubicarlo en el análisis de la memoria, que tiene la capacidad de recuperar un conocimiento mediante el estímulo mental conveniente.

El estímulo para generar el recuerdo, debe tener las condiciones necesarias y estar asociado al conocimiento olvidado, para facilitar el trabajo en la memoria. Son muchas las asociaciones que se llevan a cabo en la mente humana y están basadas en circunstancias muy diversas, hasta el punto de poderse afirmar que cada individuo posee su propio esquema mental con el cual maneja la información que tiene en su memoria y que, aun teniendo elementos comunes con otros esquemas, el suyo es totalmente autónomo y funcional. Pero todo esto se hace en base a conocimientos que ya están en la memoria.

Agustín hace distinción de gran valor al mencionar la reminiscencia de un conocimiento, dice en efecto, que “aun cuando lo reconocemos sugerido por alguien, de la memoria sale; pues no lo aceptamos como nuevo, sino, recordándolo, asentimos que es aquel que nos dicen” (p. 183). Es decir que existe una diferencia entre un conocimiento nuevo y un conocimiento recordado. Con lo cual se da apertura a la posibilidad de adquirir conocimientos nuevos en la existencia humana,

derrumbándose así la teoría platónica de que todo se ha aprendido en la preexistencia y aquí solo se recuerda.

La memoria posee la capacidad de recibir nuevos conocimientos y de recordarlos posteriormente, a no ser que ‘borre’, y entonces cuando se mencionen se consideren como ‘nuevos conceptos’ para la mente. Queda claro, pues, que una cosa es ‘recordar’ y otra, muy distinta, ‘aprender’. De esta forma se le da una perspectiva más precisa al término reminiscencia, considerado como ‘recordar’. Por otro lado, sería bueno considerar si esto constituye o no un acto voluntario. Se conoce que en la experiencia cotidiana continuamente algunos elementos y situaciones muy diversas provocan la evocación de ellos, vivencias y situaciones del pasado. Juzgar que esto sea voluntario, no sería del todo coherente, porque el roce de la brisa en el cuerpo, una tormenta agitadora, un olor característico, una canción particular, una imagen determinada, cierto tono de voz, etc. Llegan a los sentidos en la mayoría de los casos, sin ser buscados por la voluntad, y el proceso que desencadenan, se escapa también al querer del individuo, a no ser que este con un esfuerzo voluntario encamine el pensamiento a otras actividades o a otros recuerdos, pero con todo y eso los primeros instantes, el arrancar del proceso rememorativo, se da y es involuntario, en cuyo caso es correcto afirmar que la reminiscencia es involuntaria.

El recuerdo del nombre de una persona suele suscitarse al encontrarse con ella, pero existen ocasiones en que dicho recuerdo se esfuma y entonces se hace necesario un esfuerzo voluntario para traer de nuevo el nombre de esa persona a la memoria. Este acto voluntario también se presenta con bastante claridad en caso de que un individuo sea interrogado acerca de un tema determinado. Allí se puede apreciar que de acuerdo a la facilidad que maneje sobre el tema interrogado o a veces que lo ha repasado, entonces responderá rápidamente o tendrá que esperar algunos segundos mientras el esfuerzo voluntario cumple el ciclo correspondiente para resolver cada interrogante.

Las preguntas de los interlocutores generan el estímulo primero para que se ponga en actividad el acto voluntario de extraer la información necesaria de la memoria mediante el recuerdo. Una vez estimulada la capacidad rememorativa del sujeto, él decidirá si contestar o no y la forma como interpretará la información que aflora a su memoria para comunicarla a los presentes, cuestión que no tiene ligación en cuanto a la voluntariedad del sujeto se refiere con el recordar.

La reminiscencia o por lo menos su iniciación es un acto involuntario, el ejercicio de la voluntad viene después. En el caso de los nombres de las personas, en ocasiones resulta difícil recordarlos o

en otras ocasiones no conviene o no se desea recordarlos. Solamente en los casos en los que se olvidaron conceptos aprendidos y se necesitan para algún fin determinado es cuando la reminiscencia se constituye en un acto netamente voluntario. Ahora bien, los estímulos dependen de las situaciones y estas son en algunos casos voluntarias, por ejemplo, cuando un estudiante desea elaborar un informe sobre su labor ejercida en sus últimos dos años, voluntariamente crea este ambiente que le permitirá recordar las actividades realizadas y este recuerdo será considerado como voluntario, porque el estímulo (elaborar el informe) es voluntario, se trata de una autodeterminación.

La conclusión apunta a determinar que la reminiscencia puede ser voluntaria e involuntaria según las condiciones que la envuelvan, de tal forma que cuando se olvida y se requiere recordar, y cuando se crea voluntariamente un estímulo para recordar, la reminiscencia es voluntaria, y cuando se da al azar un estímulo involuntario, el posible recuerdo se da de manera involuntaria también, se despierta una reminiscencia involuntariamente.

Al finalizar este capítulo queda claro que la información que se maneja en la memoria se discierne en un continuo grabar y borrar a veces en forma definitiva y en otros eventos parcialmente. En ocasiones con visos de ser recuperada fácilmente o, en ocasiones, solo mediante esfuerzos extremos. Todo tiene una razón de ser y es la búsqueda de la felicidad que se expondrá detalladamente en el siguiente capítulo, en lo cual la memoria tiene un papel prominente.

3. Memoria y felicidad

Los dos capítulos precedentes conducen a una perspectiva general de las funciones de la memoria y las formas como la realiza, mostrando en todo una gran perfección que eleva al ser humano sobre las demás creaturas e incluso le permite el dominio de las mismas, sin embargo en todas estas tareas no se percibe una plenitud completa, por el contrario, dejan percibir que la racionalidad del ser humano lo proyecta muy por encima del mundo que lo rodea, como si tuviera objetivos superiores a la realidad contingente.

La razón en cuanto ápice de la situación humana es la que rige gran parte de la existencia misma, concentrándose en tres potencias: memoria, entendimiento y voluntad, analizándolas en forma sucinta, dos de ellas se relacionan estrechamente con la mente, y traduciéndolas a expresiones más asequibles, se puede decir que el hombre comprende, recuerda y quiere. Con respecto a las dos primeras cuestiones se dedicaron sendos capítulos, quedando un tercer aspecto de gran amplitud.

La faceta de la voluntad arranca desde la pregunta ¿qué es realmente lo que el ser humano quiere? La respuesta a esta pregunta podría resultar tan variada como el número de personas existentes, pero basta una somera reflexión para hallar el común denominador de todas ellas: la felicidad, es decir, lo que los seres humanos más desean es ser felices, nada más. Esto abre las puertas al inmensurable mundo de la literatura, porque al respecto se ha escrito mucho desde que el hombre es hombre, ha expresado de múltiples maneras su profundo deseo de alcanzar la felicidad. De alguna manera la duración de una vida humana es para eso precisamente para buscar la felicidad, para alcanzar el noble ideal de ser feliz. Son múltiples los autores que consciente o inconscientemente han trabajado en pro de la felicidad de otras personas y de la propia. San Agustín lo expresa en sus múltiples obras, la realidad axiomática de la búsqueda de la felicidad.

Ante todo escuchen en líneas generales el afán común de todos los filósofos dentro del cual se constituyeron cinco divisiones, diferenciándose cada una por sus opiniones particulares. Sin distinción, todos los filósofos con su estudio, su investigación, sus diálogos y su vida no apetecieron otra cosa que alcanzar la vida feliz. Esta fue la única causa de su filosofar y pienso que esto lo tienen en común con nosotros... me parece que me quedé corto al decir que esta apetencia es común a filósofos, absolutamente a todos buenos o malos... quien es bueno, lo es para ser feliz; y quien es malo no lo sería si no esperase ser feliz de esta forma. (Sermón s.f., 150, 4).

La principal conclusión de esto consiste en la claridad acerca de la afirmación que todos los seres humanos desean alcanzar la felicidad. Pero ¿qué es la felicidad? De nuevo se abre el panorama del pensamiento y las respuestas obedecen a los deseos próximos de cada persona. Como esto ha sido una curiosidad a lo largo de la historia de la humanidad, son múltiples los conceptos expresados al respecto, algunos consideran la felicidad como la satisfacción de los instintos, llegando a confundirla con el placer, otros la consideran como la realización misma del hombre, y otros como el fin último al que está destinado el ser humano. Discurrir sobre todas estas perspectivas significaría todo un tratado sobre la felicidad, por eso, de acuerdo con el talante del presente trabajo, y según la mayoritaria concepción actual, se dirá con San Agustín: “Solo es feliz quien vive eternamente sin temor y sin engaño alguno” (Sermón s.f, 306, 9).

La aclaración a esta expresión se puede encontrar en esta otra afirmación: “Es feliz el hombre que ha llegado a conocer y poseer el sumo bien... nadie es feliz sin la posesión del bien mismo, que consisten en el conocimiento y posesión de aquella verdad que llamamos sabiduría” (El Libro Albedrío, s.f. 02, 102). El bien supremo, la verdad, la sabiduría, en este caso son sinónimos, ya que constituyen lo “sumo” de los deseos humanos, y cualquier manifestación primaria de los mismos, siempre conducirá a estos valores esenciales. Para tener más precisión se diría que la consecución del bien supremo, es fruto de la práctica de las virtudes y la consecución de valores; como elementos auxiliares en la concretización de la felicidad.

La felicidad no es un conocimiento más en la memoria con una imagen representativa, tampoco resulta conveniente afirmar que constituye una afección del alma y menos acertado aun considerar la felicidad solamente como una abstracción filosófica fruto de las experiencias vividas durante la existencia. La felicidad es algo más, que ocupa no solo una parte del ser humano, sino que lo envuelve totalmente y de alguna forma orienta y absorbe la vida humana, en cuanto nadie obra a no ser en busca de la felicidad, como se apuntaba anteriormente.

3.1. Impresión de la felicidad en la memoria

La posición que ocupar la felicidad en la memoria se comprende mejor mediante el análisis sucinto que realiza San Agustín de todas las formas de conocimiento, para descubrir que no es algo empírico, ni de orden matemático y que no se incluye en el campo de la elocuencia. La felicidad no es un conocimiento adquirido a través de los sentidos o experimentado durante la vida presente, ya que “antes de ser felices tenemos impresa en nuestra mente la noción de felicidad, puesto que

en su virtud sabemos y decimos con toda confianza, y sin duda alguna, que queremos ser dichosos” (09, 26).

La certeza que brinda este texto respecto a la idea de felicidad como impresión en la memoria de todos los individuos de la raza humana, conduce a un cuestionamiento mayor ¿cómo fue impresa en la mente humana la idea de felicidad? Para responder conviene tener en cuenta que la vida dichosa constituye un conocimiento particular respecto a los demás, por tanto, no fue impresa como muchos de ellos, sino que ha de tener una impresión también particular. Según los indicios de la felicidad (gozos y alegrías pasajeras), en su caso no sería acertado mencionar la impresión propiamente dicha, porque como ya quedó explicado arriba, no se trata de un concepto más que se adquiere, sino que da la impresión de estar desde siempre en el alma, algo así como una idea innata connatural al alma humana.

La objeción es ¿Cómo puede el alma aspirar a algo que no conoce? Ahora bien, no es posible afirmar con plena certeza que el alma no conozca la felicidad, ya que el placer, el gozo, la alegría, etc., son afecciones que el alma conoce y apetece por su propia naturaleza. A estas afecciones se podría denominarles indicios de felicidad, y muestran que la felicidad es algo innato; porque nunca nadie ha aprendido a gozar de esto o aquello, tan solo se deleita en ello porque, dada su condición, le agrada. La idea de que la felicidad es innata al ser humano tiene un objetivo importante, en cuanto constituye la causa final del ser humano, porque todo hombre nació para ser feliz y durante toda su vida lucha por conseguirlo.

La memoria juega un papel primordial y destacado en la tarea de la búsqueda de la felicidad, porque es allí donde el individuo guarda el recuerdo de los deleites que ha tenido, y con la ayuda de la capacidad racional puede dilucidar sobre qué le conviene y qué le perjudica. La felicidad plena no es percibida en su amplitud por el ser humano puesto que nunca la ha experimentado o por lo menos no guarde recuerdo de ello. Pero tiene la plena certeza que existe porque a lo largo de su existencia ha experimentado deseos de adquirir cosas que le atraigan un mayor grado de felicidad, que sacien esa ‘ambición’ connatural de ser plenamente feliz. Cada vez que conquista estos pequeños escaños de felicidad siente satisfacción momentánea y vuelve a desear otros niveles de felicidad. El ser humano entre más tiene más quiere. Todo esto es indicio de la existencia de un deleite, un gozo, una experimentación de tan alto grado que supere y satisfaga plenamente todas las aspiraciones humanas.

La aspiración a la felicidad dentro del ámbito creyente obedece a la religiosidad humana en la que queda clara su contingencia que le ‘obliga’ a proyectarse hacia lo trascendente hasta encontrar perspectivas que le permitan vislumbrar que con la práctica de las virtudes se acerca al Sumo Bien (Dios), que es el único que puede otorgarle la plenitud de la felicidad. En la ontología también se manifiesta esta aspiración innata de las personas, en cuanto todo ser, por el hecho de existir, posee bondad, lo cual hace suponer un bien sumo en virtud del cual se pueda decir de algo que es bueno, y que participe de su bondad a todas las cosas de las que esto se predica. Además, los vegetales, animales, por ejemplo, siempre buscan el bien, luego debe existir un ‘Bien Sumo’ que sea el fin hacia el cual todo tiende. Nada hace un ser vivo que no sea en pro de su realización y perfección (bondad), para la cual fue puesto en la esfera del ser.

3.2. No todo goce hace feliz al ser humano

La búsqueda de la felicidad incluye el riesgo de escoger el camino equivocado y conseguir lo opuesto, es decir, la desgracia. Máxime cuando en la vida humana se presentan tantos impulsos fuertes que se pueden confundir con la felicidad, pero que realmente son goces pasajeros, que en ocasiones pueden estar acompañados de posterior depresión por cierto nivel de culpabilidad moral, religiosa, social, amor propio, psicológico, etc. Por eso conviene tener claro que la felicidad es la posesión del bien supremo. “Mas los que piensan que es otra, van en pos de otro goce que no es el verdadero. Sin embargo, su voluntad no se aparta de cierta imagen de goce” (Sermón, s.f. 03,11). Esta pequeña imagen de goce que tiene la voluntad ha llevado a algunos a confundir la felicidad con el placer, y así “para muchos la suprema dicha es el humano deleite, y no quieren encaminarse a las cosas superiores, indagando por qué no deleitan las sensibles” (De Vera, s.f. 32, 59). Lo que exige aquí el santo es que el ser humano haga valer su condición de racional y someta sus sentidos a la satisfacción de su alma que es más inteligente en elegir lo que conviene, cuando se aparta del engañoso deleite que producen las cosas meramente sensibles.

El conocimiento que posee el ser humano acerca de la felicidad lo abstrae de los goces pasajeros, por tanto es menester prestar atención suficiente para no confundir dichos goces con la felicidad misma. Existen diferencias notables entre estos dos aspectos, como la duración, por ejemplo, ya que mientras los deleites de los instintos solo causan un goce momentáneo, la felicidad hace relación a un goce total y eterno. Y esto es lo que todo ser humano consciente o inconscientemente anhela y sabe que lo encuentra con la práctica de la virtud. Los goces de la vida terrena son tan

solo instrumentos en la consecución de la verdadera felicidad, y conviene que estén regidos por la razón, debido a que su naturaleza animal intenta inclinarles hacia los placeres meramente instintivos y al no lograr una prudente administración acarrear el detrimento a la totalidad de la persona.

Los verdaderos deleites que construyen la felicidad se distinguen al darse cuenta que determinado goce no es seguido por alguna especie de frustración o depresión sino por un sentimiento puro de satisfacción por la obra realizada. Muchas son las cosas que en este mundo complacen a la raza humana, pero es menester utilizar la sagacidad necesaria para extraer de ellas lo que conviene y rechazar lo que perjudica el proyecto de la plena realización. Como diría Santa Teresa de Ávila: “El placer de morir sin pena, vale la pena de vivir sin placer”. No se trata de un rechazo abierto a toda manifestación de alegría, se trata de disfrutar sanamente de todo lo que la naturaleza se ha dignado ofrecer al ser humano, sin perder la perspectiva del trascendente en la realidad personal, que el paso por el tiempo y el espacio sea un impulso hacia la felicidad que no se acaba.

3.3. La vida feliz y la verdad

La felicidad también se puede definir como la plenitud del ser cuyos principales atributos son: uno, verdadero y bueno. Con respecto al último se definía la felicidad diciendo que es el gozo del sumo bien; en esta misma línea se puede afirmar también que la felicidad es el gozo de la verdad plena. “Porque preguntando a todos que prefiriere: gozar de la verdad, o de la falsedad; tan no dudan decir que prefieren gozar de la verdad, como no dudan decir que quieren ser felices. Porque la vida feliz es gozo de la verdad” (Confesiones de San Agustín s.f. p. 186).

El ser humano que por razones connaturales anhela la felicidad, también desea gozar de la verdad, incluso aquellas personas que experimentan cierto deleite en realidades falsas por no afrontar la dureza de la realidad misma, pero tarde que temprano se confrontan con la verdad y ahí concluyen que hubiera sido mejor afrontarla desde el principio. Pero ¿qué es la verdad? La respuesta la obtiene San Agustín con base a su antónimo, en efecto dice: “Si, pues, una cosa es falsa porque es diversa de lo que parece, la verdad de una cosa consistirá en ser lo que parece” (Soliloquios, s.f. 06, 05). Este concepto hace referencia a una concordancia entre lo lógico y lo ontológico, es decir, que una cosa sea lo que se piensa que es. Así es como el género humano maneja nombres que describen una realidad determinada, y cuando hay concordancia, dice que hay

verdad. Sin embargo, junto a la verdad parece estar siempre la falsedad, como se aprecia, por ejemplo, en una fotografía, donde aparece una realidad que no es la verdadera sino 'falsa', en cuanto solo es imagen de aquella, pero como fotografía es verdadera. Esto es una manifestación clara de que debe existir una verdad pura y al gozo de ella, es al que se le denomina vida feliz.

El ser humano se deleita en las cosas verdaderas y aborrece la falsedad, por tanto a más verdad más felicidad, es una realidad íntimamente ligada con el ser porque en la esencia misma de la verdad de las cosas, el mero hecho de ser verdadero se identifica con la realidad ontológica. Tanto en el orden ontológico como en el orden moral, la realidad es símbolo de realización y esta felicidad, o lo que es igual, gozar de la verdad es ser dichoso y gozar plenamente de la verdad suma será ser totalmente feliz. No obstante, hay quienes pretenden que la verdad crea también desgracia y discordia entre los hombres, pero este pequeño desliz en la apreciación de la razón, lo resuelve inteligentemente el santo doctor al afirmar: "...de tal modo se ama la verdad que todos los que aman otra cosa, quieren que lo que ellos aman sea la verdad; y como querrían engañarse, no quieren se les convenza de que están engañados" (Soliloquios s.f., p. 186).

La verdad es amada entrañablemente por la raza humana y si alguien manifestara odiarla, sería por el mismo hecho de amarla y no querer ser engañado, como lo manifiesta este texto: "Amanla cuando resplandece, odianla cuando reprende, pues como no quieren engañarse y quieren engañar, amanla cuando ella misma se descubre, y odianla cuando los deja al descubierto" (Confesiones de San Agustín s.f., p. 186). La vida feliz consiste en el pleno gozo de la verdad y toda persona tiene el deseo innato de ser dichoso, y en su mente tiene la capacidad de reconocer los diversos indicios de felicidad, y en su alma el poder 'disfrutarla', para alimentar más su deseo hasta obtener una plena satisfacción cuando anule en su ser toda ansiedad.

Hasta aquí la exposición del proceso mediante el cual el concepto de felicidad actúa como matriz para la selección de recuerdos y la fabricación de esperanzas felices mediante el realce de ciertas vivencias que causaron emoción en el sujeto. El direccionamiento que la memoria desarrolla conduce hacia el trascendente que será analizado en el siguiente capítulo.

4. Presencia de Dios en la memoria

El estudio hecho hasta aquí permite descubrir cierta tendencia hacia ‘algo más’ capaz de fundamentar el misterio de la memoria, su capacidad, su razón de ser, etc., de acuerdo al método inductivo que recomienda ir de lo más asequible a la mente humana para ascender paulatinamente en un abstracción que remonta el pensamiento a objetos superiores, con todo y ser el ápice de la capacidad humana en el tiempo y el espacio; sin dejar a un lado la realidad ontológica que los humanos ocupan la cumbre entre las creaturas. Así las cosas, se trata de la cima del conocimiento que parte de las experiencias sensibles para proyectarse a la interrelación de conceptos que apuntan hacia la trascendencia.

El aspecto espiritual del ser humano, lo que en los principios de la filosofía se definió como el alma, el motor de la actividad humana fundamenta la perspectiva trascendente. En esta misma línea cabe la suspicacia de la existencia de una capacidad de movimiento mayor que el alma y que da origen a la misma y/o tiene la capacidad de orientarla. Es así como San Agustín y muchos otros a lo largo de la historia aprendieron a descubrir por analogía de las creaturas a alguien que denominaron Creador y/o Dios.

Los razonamientos poseen imágenes propias que se ubican en la memoria, y si en todas las reflexiones similares se concluye el actuar de Dios, ha de existir en la mente una idea de un ser supremo, al que se le denomina Dios. Pero a pesar de están tan ligados al aspecto lógico y ontológico son diferentes. Dios está presente en la memoria como idea, pero además tiene allí una presencia ontológica, y que las dos formas de hacerse presente en la mente humana guardan características propias inconciliables entre sí, a no ser que se traten cada una desde el área correspondiente.

El ser humano, como se ha analizado en el presente trabajo, tiene en su mente información acerca de lo que desea, como el hecho de ser feliz, consistente en gozar del Sumo Bien y de la Verdad Plena que es Dios, por lo tanto, esta es otra forma particular de la presencia de Dios en la memoria, de acuerdo a las ideas que tenga el hombre sobre su fin último, y las imágenes que retenga a este respecto. Por tanto si todos estos asuntos han sido desvelados en la memoria, y ha sido allí donde se ha hallado claridad, respecto a Dios, allí debe estar presente Dios, porque la memoria se acuerda (es decir, retiene) de sus propios actos y ‘conoce’ todo el deseo innato de ser dichoso, y en su mente tiene la capacidad de reconocer los diversos indicios de la felicidad, y en su alma el poder

‘saborearla’, para alimentar más su deseo hasta obtener una plena ‘satisfacción’ cuando se anule en su ser toda ansiedad. San Agustín (398) exclama:

Veis aquí Señor, cuanto me he espaciado buscándoos en mi memoria, y no os he hallado fuera de ella. Porque no he hallado cosa alguna de Vos, de que no me haya acordado después que os conocí; porque después que os conocí no me he olvidado de Vos. Porque donde hallé la verdad, allí hallé a mi Dios, que es la misma verdad; y desde que la conocí no la he olvidado. Así, pues desde que os conocí permanecéis en mi memoria, y allí os encuentro cuando me acuerdo de vos y me deleito en Vos. (p.187).

El texto citado, posee dos expresiones que corroboran lo expuesto hasta el momento, la primera alude a la memoria y afirma: ‘no os he hallado fuera’, de la que se puede deducir que le ha hallado dentro de la memoria, por tanto, es un argumento válido para considerar que San Agustín reconoce a Dios presente en la memoria. La segunda frase dice ‘donde hallé la verdad, allí hallé a mi Dios’, con lo cual se hace referencia al poder que tiene el ser humano para adquirir la verdad y ¿dónde si no en la mente, única capaz de elaborar pensamientos y de comprender el mundo, fue donde San Agustín descubrió la verdad? Con lo cual se da por verídica la idea de la presencia de Dios en la memoria.

4.1. Lugar que ocupa Dios en la memoria humana

Dios está presente en la memoria humana, de lo contrario, no sería posible predicar alguna cosa al respecto del Ser Superior, pero ¿en qué contexto se encuentra? Esa es la pregunta a resolver a continuación. San Agustín menciona varios estados de la memoria en los que se puede buscar a Dios, a respecto dice:

Al acordarme de Vos, traspasé aquella región de la memoria que tienen también los brutos, pues no os hallaba allí entre las imágenes de las cosas corporales. Llegué a aquellas otras partes de ella, donde guardé los efectos del alma, y tampoco allí os hallé. Penetré hasta la mansión que mi propia alma tiene en mi memoria –pues también de sí propia se acuerda el alma– y tampoco estebáis allí. (p. 187).

La superioridad de Dios sobre el resto de sus creaturas es una realidad bien comprobada, lo cual brinda una clave importante para ubicarle en la memoria debida a que, si es más grande que todo lo demás, ha de estar por encima de todos los conocimientos contenidos en la memoria. Sin embargo, esto solo no basta para comprender la presencia de Dios en la mente humana, porque son muy diversas las facetas en las que los humanos se relacionan con el Ser Supremo. Para mejorar

las perspectivas conviene contemplar a Dios en algunas de sus más importantes manifestaciones, de tal forma que cuando se contempla el mundo y todo lo que comprende, se remonta la mente a Dios para definirlo como el autor de todas las cosas y así Dios es un conocimiento que habita en la memoria de todos.

El Ser Supremo es por definición el autor del género humano, esto es fácil colegirlo por las anteriores afirmaciones respecto a su hallazgo en la memoria. Por lo tanto, si es autor de la obra superior de la naturaleza también lo será de las más sencillas y elementales de donde se desprende que Él es a quien se debe adorar, dada su gran majestad que su actuar significa. El nombre de Dios ocupará el puesto más destacado entre los nombres que conforman la memoria.

El nombre de Dios constituye también el fin del deseo innato de felicidad, se tiene que consentir la idea de que su presencia envuelve toda el alma humana, para poder dirigirla toda ella hacia El mismo, entonces no sólo estaría presente en la memoria sino en la esencia misma del ser humano que tiende hacia una plenitud, que es el goce de aquel Sumo Bien que sembró el deseo del Sumo Bien en el núcleo del ser humano. Dios está presente en la memoria de manera similar a como está en todas las creaturas, tanto porque les da el ser (ontología) como porque es la causa primera de su actividad (etiología).

La idea de Dios trasciende a la mente misma y pasa a ser su fundamento, sin el cual no existiría ni podría cuestionarse asunto alguno sobre ningún tema. San Agustín dirigiéndose a Dios dice: “Os habéis dignado habitar en mi memoria desde que os conocí... cierto es que habitáis en ella porque yo me acuerdo de Vos desde que os conocí y en ella os encuentro cuando de Vos me acuerdo” (p. 187). Lo cual sugiere un momento puntual en el que se conoce a Dios, sin embargo, es lícito afirmar que Dios ha estado desde siempre en la memoria y poco a poco se le ‘reconoce’ en sus diversos atributos. Por tanto, resulta difícil señalar un momento determinado en el que Dios haya llegado a la memoria o se le haya ‘conocido’.

La idea de Dios que el ser humano se forma en su mente después de reunir y convalidar los atributos que de Él conoce permite incluir a Dios como un conocimiento del que se puede acordar y sobre el que se puede discutir y analizar. Si se concretiza todo lo que significa la idea de Dios, se tendrá que reconocer frente a Él diciendo: “no sois imagen corpórea, ni afección de vivientes,...así tampoco sois el alma misma; porque... todas estas cosas se mudan, más Vos permanecéis sobre todas ellas inmutable” (Confesiones de San Agustín, 398. p. 187). El Ser

Superior a todo lo que existe no tiene un lugar como tal en la memoria, porque San Agustín lo buscó mediante varios cuestionamientos:

“¿Por qué busco en qué lugar de ella moráis, como si en ella moráis, como si en ella hubiera lugar?... ¿dónde, pues, os hallé para conoceros, sino en Vos sobre mí? ¡Nada de lugar! Nos apartamos y nos acercamos pero ¡nada de lugar!” (Confesiones de San Agustín s.f. p. 187).

El último interrogante, contiene una expresión que indica el lugar donde está ubicado Dios, dice en efecto: ‘¿dónde, pues, os hallé para conoceros sino en Vos sobre mí?’ Con lo cual se indica, que a pesar de Dios habitar en la memoria como idea o concepto, como se reflexionó más arriba, también está más allá de ella: ‘Vos sobre mí’.

4.2. Dios más allá de la memoria

San Agustín (398), después de reflexionar largamente sobre la memoria, y de adentrarse a sus misterios exclama: “Grande es el poder de la memoria, un no sé qué, que da escalofríos” (p. 175). Empero, como se ha podido notar, la memoria no obra por sí sola, a pesar de sus maravillas, no se auto-origina. La memoria encierra un gran universo de cosas, está llena de un gran contenido, así lo aprecia San Agustín (398) cuando afirma:

Heme aquí en los campos y antros y cavernas innumerables (de la memoria), e innumerablemente llenos de géneros de innumerables objetos, guardados allí por sus imágenes, ciencias, o por no sé qué nociones o impresiones, como los afectos del alma, lo cuales, aun cuando ella no los siente, los guarda la memoria, pues todo lo que está en ella está en el alma” (p. 181).

La memoria capta todas las cosas gracias a que ya existen, y si no, no tendría la capacidad de apreciarlas. La memoria posee una capacidad creativa y una energía que le potencia para realizar las diversas actividades en que se ocupa. En este contexto las preguntas son: ¿Quién originó todo esto? ¿Quién anima todo cuanto existe? Y la respuesta apunta a un Ser superior a la memoria misma, un Ser en máximo grado poderoso para poder ejecutar la extensa y vasta tarea de todo aquello en que se ocupa la capacidad memorística humana. Un Ser al que cabe llamar Dios. En efecto, solo Dios en el gran poder que posee puede originar maravillas de esta categoría y ha de estar por encima de la memoria, y de ahí que San Agustín (398) se pregunte: “¿Qué haré, pues, oh

Vos, verdadera vida mía, Dios mío? Pasaré también más allá de esta potencia mía, que se llama memoria; pasaré más allá de ella para llegar a Vos dulce luz” (p. 181).

El planteamiento de San Agustín resulta sublime y ubica a Dios muy por encima del ser humano con todo y la grandeza que posee. Pero la perfección del Supremo Hacedor es tal que en sus obras ha esparcido sus huellas para que la humanidad “deduzca de allí cuánto más poderoso es Aquel que las hizo; pues de la grandeza y hermosura de las creaturas se llega, por analogía, a contemplar a su autor” (Sb. 13, 5). De hecho, el alma misma no podría ser menos importante entre estos vestigios, antes bien, es quizá el camino más recto para encontrar con ella (en la razón) y en ella a Dios, como lo expresa San Agustín de Hipona (398):

Mirad que yo, asciendo por mi alma a Vos, que estáis sobre mí, pasaré también sobre esta potencia mía que se llama memoria, queriendo alcanzaros por donde el hombre os puede alcanzar, y unirme a Vos cómo puede el hombre unirse a Vos. (p. 181).

Los aspectos que menciona San Agustín (398): en este pasaje son de vital importancia, para el tema del presente capítulo, primero el hecho de que Dios es superior al ser humano ‘estáis sobre mí’ y por ende superior a todo cuanto existe, dado que la humanidad representa lo más alto de la creación. Segundo, que a pesar de la sublimidad de Dios sobre el ser humano, este puede conocerle racionalmente: ‘por dónde le hombre os puede alcanzar’, es decir a través del alma, de la memoria y de la razón. Más adelante ratifica esta idea al afirmar “si fuera de mi memoria os hallo, ¡olvidado estoy de Vos! Y entonces ¿Cómo podré hallaros, si no me acuerdo de Vos?” (p. 181).

Dios está más allá de la memoria, pero eso no impide que la memoria pueda alcanzarlo, al contrario, es un medio porque ya desde antiguo Pablo de Tarso lo reconoció: “Lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad” (Rm. 1, 20). Por último, el hombre dentro de su capacidad intelectual, una vez ha recorrido un camino tan profundo, como lo es la reflexión sobre la memoria, y encontrarse con un Ser Superior, que es justo, ha de rendirle tributo, reconocerle como Dios y Señor y seguirle, y no dejarse dominar por lo precedero, porque quienes lo hacen

Son inexcusables; porque, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, antes bien se ofuscaron en sus razonamientos y su insensato corazón se entenebreció, juntándose de sabios se volvieron estúpidos, y cambiaron la gloria de Dios

incorruptible por una representación en forma de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos, reptiles. (Rm. 1, 21-28).

Dios no es producto de una fantasía, Dios es más real que la realidad misma, porque Él es quien hace que la realidad sea lo que es. Por tanto, a Dios se le debe valorar y amar, máxime si se tiene en cuenta que es más el Hacedor que la creatura. “Lejos de Vos me tenían aquellas cosas, que, si no estuvieran en Vos, no tendrían ser” (p. 188). Una vez el ser humano se acerca a Dios, a su majestad, la esencia humana se auto vincula a la esencia divina según aquello de “gusté se Voz y tengo hambre y tengo sed; me tocasteis y me abrace en deseo de vuestra paz” (p. 188).

“¡Tarde os amé hermosura tan antigua y tan nueva, tarde os amé! Y he aquí que estabais Vos dentro de mí y yo fuera, y fuera os buscaba yo y sobre esas hermosuras que Vos creasteis me arrojaba deforme” (p. 188).

En este capítulo se ha indagado la manera como el desarrollo del pensamiento se proyecta hacia una dimensión superior, que es la conclusión obligada de todo proceso de trascendencia que solo varía de acuerdo al contexto cultural del sujeto. La creatura que busca al creador, la obra de arte que busca al artista, el libro al autor y el ser humano a Dios, para resolver todas las dudas sobre su origen y destino.

Conclusiones

San Agustín expone el tema de la memoria de manera fenomenológica y al confrontarse con la psicología actual y sumarse las situaciones experienciales, resulta claro que los conocimientos que posee el ser humano están en su memoria bien sea por imágenes o por la idea de la esencia de los mismos, organizados de tal manera que se pueden evocar con facilidad.

La capacidad natural de conocer que posee el ser humano acumula información y la interrelaciona para sacar conclusiones que almacena en la memoria. Posteriormente se sirve de esos conocimientos para desarrollar múltiples actividades. De lo empírico extrae ideas que guarda en su memoria, San Agustín utiliza esta metodología para acercarse a la verdad y por ende a la felicidad.

Las teorías acerca de la forma como los seres humanos aprenden, son múltiples, pero estructuralmente es una necesidad del individuo que se lleva a cabo mediante el proceso estímulo-respuesta, de acuerdo a mecanismos fisiológicos complejos que hacen parte de su naturaleza. Estos mecanismos también funcionan para temas como la felicidad.

La abstracción juega un papel importante en el conocimiento, por medio de ella se distinguen los conceptos matemáticos que poseen una entidad propia que no pertenece estrictamente al campo físico o metafísico, sino que son de uso exclusivo de la ciencia de los números como tal.

La memoria está en la capacidad de recordar cosas tan abstractas como sus propios actos y los estados de ánimo experimentados en el pasado, gracias al mecanismo de imágenes e ideas que con la ayuda de los sentidos se guardaron como recuerdos en la memoria.

El olvido consistente en la falta de recuerdo, puede ser parcial, total o selectivo, de acuerdo a las circunstancias. En el caso del olvido parcial y selectivo, los recuerdos se pueden recuperar gracias a la reminiscencia que puede tener un carácter voluntario o involuntario según los mecanismos que precedan al acto de recordar.

El ser humano posee el deseo innato de ser feliz, que consiste en gozar plenamente del Sumo Bien. Lo cual se consigue mediante la práctica de la virtud y la sabia elección del enfoque vital y experiencial, en lo que la memoria juega un papel muy importante dado que los acontecimientos de la vida humana están allí registrados.

Dios está presente en la memoria humana de múltiples formas según la perspectiva en que se contemple: como idea, como conocimiento, como ser, como Dios o como experiencia vital y trascendente que puede hacer feliz a la humanidad.

Dios no ocupa un lugar específico en la memoria, porque allí no hay lugares, sin embargo, se puede analizar su presencia allí de acuerdo a los contenidos que la misma memoria posee, en cuanto ella sabe lo que la hace feliz o no. La verdadera felicidad es Dios, porque no es como los recuerdos que se entremezclan entre felices y no felices, Dios siempre es el mismo brindando felicidad.

La suma de varios vectores conducen a una realidad subyacente, no hay experiencia humana sin felicidad ya sea por su presencia o por su ausencia. La verdadera felicidad la da Dios. Dios, por definición ontológica, es el más grande de los seres, razón por la cual se encuentra por encima de la memoria humana, es decir, la trasciende.

La racionalización acerca de la capacidad del alma humana conduce a la comprensión, con toda certeza, de la existencia de un Ser Supremo a quien se le denomina generalmente como Dios. La mente posee la capacidad de razonar sobre sí misma y ayudada con los conocimientos que posee, indagar sobre un determinado tema mediante la reflexión fenomenológica, aproximándose exitosamente a la realidad.

El principal aporte de las Confesiones a la conquista de la felicidad, es la experiencia de un hombre que buscó la verdad y por ende la felicidad en los más diversos sitios e ideologías y solo la encontró al trascenderse a sí mismo.

Referencias

- Amaya Moyano, B. L. (2013). Influencia del uso de mapas conceptuales en la construcción de la habilidad. Clasificación en Ciencias Naturales. (Tesis maestría, Universidad de Manizales).
- Andreau, J. M. (2019). Neurociencias y psicología. *Aportes hacia una ciencia de la mente*. (1a ed.). Universidad del Salvador.
- Atienza, C. T. (2015). Tiempo, memoria y existencia humana en Agustín. *Cuadernos de filosofía*, (64), 91-99.
- Cedeño, G. C. B., & Bailón, J. B. (2021). Estrategias neurodidácticas en el proceso enseñanza-aprendizaje de educación básica. *ReHuSo: Revista de Ciencias Humanísticas y Sociales*, 6(1), 72-81.
- David, B. R. S. (2019). *Memoria, atención y percepción* (Doctoral dissertation, Universidad Nacional de Trujillo).
- De Botton, A. (2021). *La arquitectura de la felicidad*. Lumen.
- De Torres Bustos, H. (2013). *Estilos de aprendizaje y características sociales, personales e institucionales asociadas al rendimiento académico de estudiantes de psicología en un proyecto de acción afirmativa*.
- Díaz Kuaik, I., & De la Iglesia, G. (2019). *Ansiedad: revisión y delimitación conceptual*.
- Figueroba, A. (2014). Condicionamiento operante: conceptos y técnicas principales. *Revista electrónica Psicología y Mente*. Obtenido de: http://psicología.com/psicología/condicionamiento_operante.
- Flores García, Y. (2017). *Imagen y afectividad*, trascendencia del objeto en lo ordinario.
- Florido, F. L. (2014). Tomás de Aquino y el orden aristotélico de los saberes. *Ápeiron: estudios de filosofía*, (1), 175-206.
- García Marqués, A. (2023, May). Propuestas filológicas para leer de modo nuevo De anima III, 5. In *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía* (Vol. 40, No. 2).
- Irizar, L. B. (2011). *Nociones Fundamentales de metafísica*. Editorial San Pablo

- Marsiglia López, R. S. (2015). *Giovanni Quessep: Memoria y olvido, un análisis reflexivo* (Doctoral dissertation, Universidad de Cartagena).
- Montagud Rubio, N. (21 de diciembre de 2023). Psicología y mente. *Fenomenología: qué es, conceptos y autores principales*. Obtenida de https://psicologiymente.com/cultura/fenomenologia#google_vignette.
- Morales, V. V. R. (2021). Epicúreos, Estoicos y Cristianos: Una interpretación de las concepciones de felicidad descritas por San Agustín de Hipona en de Beata Vita. *Revista de Filosofía UCSC*, 20(1), 81-92.
- Pérez, E. (2020). Comprensión de la realidad y nacimiento de los conceptos en la experiencia integral: ¿abstracción contra inducción? *Quién: revista de filosofía personalista*, (12), 155-175.
- Pulla Pineda, D. P., & Silva Jaramillo, J. S. (2016). *Influencia del consumo de sustancias psicotrópicas (alcohol y drogas) en el desempeño académico de los estudiantes de tercer año de bachillerato paralelos A, B, C, D, de la unidad educativa "Combatientes de Tapi" de la ciudad de Riobamba, provincia Chimborazo en el periodo quimestral marzo a julio 2015* (Bachelor's thesis, Riobamba, UNACH).
- San Agustín. (398). *Confesiones* (J. Cosgaya García, Trad.). (2004). Iquitos, Perú: OALA.
- Soto-Del Ángel, J., Durán-Mendoza, A., & Malpica-Rivera, M. A. (2018). Los cimientos de la (re) construcción simbólica del mundo o una (re) construcción luhmanniana de las bases aristotélicas. *Razón y Palabra*, 22(2_101), 656-680.
- Stanger, E., & Solley, R. (2021). *Psicología básica*. Barcelona, España: Paidós.
- Vergel, R. (2014). *Formas de pensamiento algebraico temprano en alumnos de cuarto y quinto grados de Educación Básica Primaria (9-10 años)* (Doctoral dissertation, Universidad Distrital Francisco José de Caldas).
- Romanos 1:21-28. (Versión Reina-Valera).
- Sabiduría 13:5. (Versión Reina-Valera).